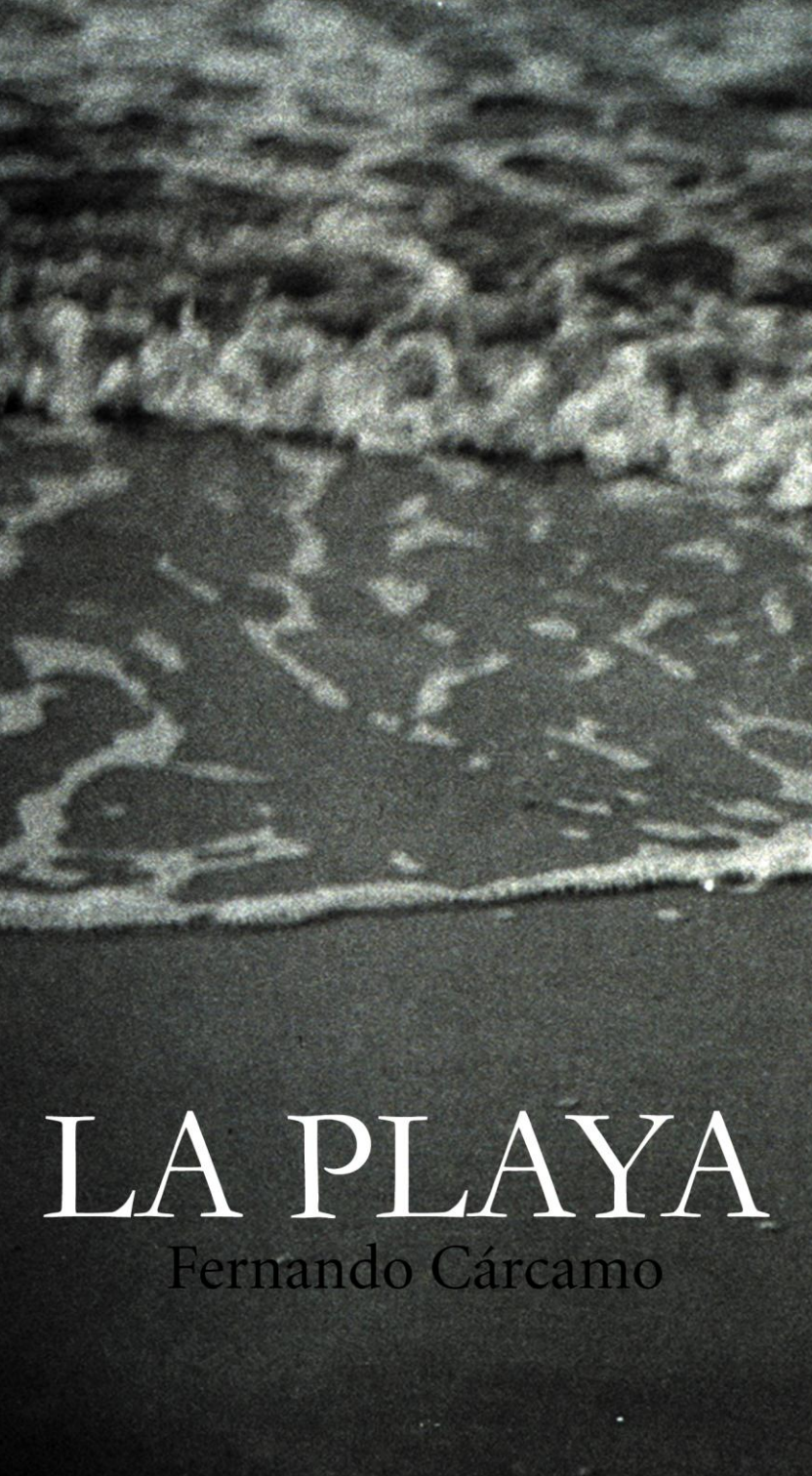

LA PLAYA

Fernando Cárcamo

La playa. Fernando Cárcamo.
Madrid 2000-2001
Edición agosto 2012

Foto portada: http://feroce.wordpress.com/

La playa está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento -No Comercial- Sin Obra Derivada 3.0 España. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra. No puede utilizar esta obra para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Más sobre esta licencia:

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es

En el horizonte alcanzas a distinguir una inmensidad exactamente descrita. Lejos, en la lejanía inalcanzable, descubres cómo una tajante línea dibuja una simple y arcaica geometría. Miras el mar encrespado, de movimientos desordenados e intranquilos pero obedientes a la caprichosa ley regular de las mareas… descubres el cielo, raso, y comienzas a adivinar el sentido entonces de aquello que los hombres llamaron infinito. Observas como todo lo secreto, de forma evidente, comparte la vida.

I

Contemplo el crepúsculo de los días y puedo identificarlo perfectamente con mi ánimo. La fina y fría lluvia, no intermitente, constante; su rumor, me envuelve y me invoca la posesión del recuerdo de lo intensamente vivido. La vida comparte la vida; el recuerdo ahoga la existencia. Sólo me resta evocar sin aspirar a comprender, deseando y a la vez temiendo olvidar, lo que representó el transcurso desde una dicha prácticamente absoluta hasta la más honda turbación que ahora me apresa. Dudo, ignoro si aún eres verdad, no sé. Quizás seas mentira y sólo sea mi imaginación la que te mira a través de un denso cristal.

Escribía Laura estas palabras, acaso las mismas, inclinada sobre su escritorio vuelto sobre el halo de la luz tenue de un ventanal. Un gorrión fue a posarse en la balconada, aprovechando la tregua momentánea de la borrasca para sacudir su húmedo plumaje. La mirada inquieta del ave recorrería por unos segundos su figura, absorta sobre la máquina de escribir. El ave se inclinó levemente, en una grácil ceremonia, para luego emprender el vuelo hasta un árbol distante.

La escritora imaginaba que quizás las palabras habían de aproximarla a aquel estado superior alcanzado tímidamente por su espíritu en el transcurso de un tiempo evadido, regido por leyes ininteligibles, inenarrables, donde su exaltación profunda sólo era comparable y descriptible desde la encarnación en un todo. Invocaba vagamente el desasimiento de toda necesidad, los anhelos, las esperanzas… no le fueron precisas. Un mundo sin imágenes concretas; pleno y armonioso, inundado sólo por una sensación honda y reconfortante, de proceder inmediato y esencial. Se mantuvo dichosamente alejada de las recriminaciones de su conciencia propia, de su grosera individualidad, incluida en una situación desprovista del ahogo de los fantasmas ni de cualquier otra trampa tendida a manos del tiempo. Lugar sin nombre, sin luz ni oscuridad; sueño muy similar a un pasaje abstracto descrito mediante música.

Siento aún el latir de su presencia, su figura acompañándome a cada instante, a la cual no puedo evitar dirigir inútilmente en alguna ocasión mi pensamiento. Son, al fin, pequeños detalles que no tendrían por qué tener ningún sentido si no permaneciera en mí una extraña predisposición a significarlos, a implicarlos y relacionarnos con aquel íntimo mundo nuestro. La situación de determinados objetos, determinada forma en los pliegues de las sábanas… entre la gente, algún gesto o alguna fragancia, alguna palabra pronunciada por alguien de forma descuidada anteriormente susurrada a mi oído por Él, como si ese alguien le conociera y a través suya me fuera enviada una seña secreta. Momentos en los cuales olvido mi completa soledad y espero la recompensa de un abrazo, de una mirada, de una sonrisa…

El ritmo acompasado de la máquina de escribir se enredaba con la cortina de agua. Lluvia. Sobre la mesa hojas de papel, café humeante y la negra máquina de escribir de Laura en marcha, sumida en el teclear incesante de sus metálicos brazos. Moldes fríos en medio de un mar glacial. A través de los muros pudieran distinguirse pasos estrellándose en los charcos, primero débilmente, después más y más fuerte hasta que las pisadas descansasen sobre el suelo seco del portal. Seguida una pausa y el metálico tintinear. La llave gira y un primer cerrojo resbala dejando tras de sí una pequeña abertura que se apresuraría a ocupar el frío viento de la tarde gris. Se demorara la máquina en un silencio. La casa permanecía más oscura que la noche. Obedeciera el segundo cerrojo las órdenes de la llave. Un trueno. Tintinear de llaves. La cerradura cede y la máquina de escribir prosigue. La puerta se abre, el frío y el olor a tierra mojada penetra en la casa de golpe, quebrando la quietud presidida por un viejo carillón. El destello del relámpago a modo de flash que también traspasa la puerta y choca contra las níveas baldosas de mármol, tomando una instantánea llena de corrientes.

Laura iba tejiendo con hilos de tinta una enmarañada historia. Durante largo tiempo había habitado un mundo idílico y creía, eterno, pecaminoso e inmerecido, atesorando recuerdos con celo sabiendo secretamente que su dicha, de tan plena, no podía durar indefinidamente. Ahora, entre líneas, podía adivinarse la confusión, el impulso, aquella presa abundante de nostálgicos sentimientos que turbaban, bajo el velo del tiempo pasado para siempre perdido, su fugaz apreciación de las realidades.
Lo que resultaba de aquella pasión pasada, pues, eran las ruinas de un mundo desvanecido, incierto, esquivo. El inicial sentimiento de tristeza fuera sustituido por una rabia ciega de impreciso proceder. Indignación, reproches… pero todo aquello la sacudía con sordina, como dolores crónicos a los que ya se había acostumbrado. A pesar de ello Laura se

rebelaba y se debatía, maldecía haberse internado un día despreocupadamente en una senda a pesar de haber sospechado siempre que su incursión podía depararla todas aquellas vicisitudes.

Tras limpiarse los zapatos, se internó en el salón, pequeña y confortable estancia. El carillón ordenaba aquel cosmos. Secó su pelo mojado y revuelto con una toalla después de dejar las llaves reposar en un estante. Cuando llegó hasta la cocina, se sirvió ginebra. Cada movimiento que efectuaba le suponía un inmenso esfuerzo y le parecía lento y torpe. Primero de ascender a su habitación mediante unas escaleras de caracol, reparó en los dos cerrojos y los corrió; un acto que la hacía sentirse más protegida, pero también más sola.

¿Por qué mi sueño cumplido se me desgarró entre las manos?, ¿acaso tengo que verme obligada a vagar, sórdido destino, miserable existencia, entre las sombras del ayer?, ¿por qué?

Volvió el gorrión a posarse elegantemente en el balcón de Laura. Con rápido y acostumbrado movimiento buscó debajo de su ala una molesta pluma que atenazó con su pico y extirpó de su cuerpo. La tarde sucumbía y la noche se abría paso, anunciada por el ocaso y las tenues estrellas que, a lo lejos, obedientes a un orden misterioso, se alineaban. La luz se extinguía, y con ella, las fuerzas que habían mantenido a Laura ante el escritorio y que la impulsaron a abandonar, por unos instantes, la casa; confundiendo sus actos, los tiempos, entremezclando la vida y la literatura, ante la debilidad de su verdadera presencia. Quedó dormida sobre la mesa. Turbio el soñar y frío en eso que denominan alma.

≈

Otro día más, laxo, nublado, semejante a tantos que ya habían transcurrido como si siempre se tratase del mismo día. Abriría los ojos Laura, sabedora de que cerrar los párpados no evita ver lo ocurrido en el tiempo pretérito. Confrontado el espejismo con la débil luz del sol levante, se le antojaba menos violento y más remoto. Ello, a pesar de que el carillón siempre emitiera el mismo aburrido sonido.
En un descuido, leyó el papel que la noche anterior, angustiada, había escrito. *¿Por qué?* Un resorte saltó en su corazón, inspirado por la lectura de sus propias palabras, pero la sensación que ahora albergaba al evocar ya no era igual a la de noches anteriores. Así han de ser los sentidos -juzgó- huidizas expresiones ancladas al tiempo, de una multiplicidad infinita; un abanico de emociones de una singularidad única e irrepetible lo cual les otorga una belleza impar, siempre fugitiva.

Laura arrugó el papel y todas sus líneas acabaron convertidas en un remolino indescifrable. Una vez hubo completado su labor, quedó apoyada en un flanco del ventanal aspirando la húmeda brisa de la joven mañana. El viento, serio y presuntuoso, no tardaría en alzarse. Escuchaba el mar, las bocinas de los barcos que arribaban a puerto entre el tumulto de las gaviotas…
Aquella realidad la embriagó, también la invitó el color del cielo y la tranquilidad que disfrutaba la calle.

Descendió las escaleras de caracol hasta el piso inferior para preparar café en un ritual. De nuevo en pie ante una ventana, bebía el caliente y amargo líquido que despedía un confortable aroma. Casi podía tocar con sus dedos, que ahora permanecían recogidos en torno a la suave porcelana, la corteza arrugada de un viejo roble, árbol de su infancia. Desde sus ramas osó alguna vez tentar el cielo. Laura razonaba y se decía que a menudo nos gusta presentar la muerte como el destino trágico de la humanidad; el amor como redención. En ambos estados está presente el olvido, así, un olvido insensible, desgarrador, frío, frente a un olvido que es descuido dulce, grata y desbordante ensoñación.
Tomó resolutiva las llaves y puso rumbo hacia la rocosa playa de su pequeña localidad. De esa forma no sólo pretendía alejarse de su domicilio, también pretendía alejarse de sí misma, separarse de las rememoraciones que siempre amenazaban con volver y arrastrarla hacia un tiempo anacrónico.

≈

Daniel se frotó las manos, sumió el cigarro en un cenicero de cristal henchido de colillas y pidió con voz ronca y apenas audible otro bourbon. Mientras el camarero le servía desganado sintió que su aversión hacia la gente crecía y que no podría desprenderse nunca de este particular rechazo que siempre le acompañó sin que pudiera determinar qué era aquello que más le incomodaba, de dónde exactamente procedía.
Para su alivio, no había demasiada gente ocupando la barra oscura, enfrentada a un deslucido juego de espejos y bajos tubos fluorescentes. El hilo musical, machacón y sintetizado, diluido en sus propias sonoridades primarias, no terminaba de ahogar las voces de las mesas distantes. No le gustaban las voces, certificó una vez más, aborrecía la conversación. Tanta era su irremisible soledad en determinados momentos que no podía evitar desear tratar con alguien mas, pasado cierto tiempo en compañía, algo le llamaba a recluirse en su habitual estado interior invariable. Mucho menos le agradaban las miradas y quizá por ello la suya nunca fuera directa sino que prefería otorgar fugaces vistazos cuando no

publicando recelo y desconfianza en un gesto muy propio, evadido y afligido, martirizado por algún pensamiento. Encaramado al escenario, refugiado en la penumbra y protegido por el armazón del instrumento, conforme la música avanzaba, iba olvidando las gentes y sus mundos, las miradas detenidas sobre él… iba abandonándose a sí mismo hasta alcanzar un ánimo elevado en un rito misterioso.
A veces era miedo, un estremecimiento que le ahogaba el vientre en su parte más alta y le volvía inquieto, obligándole en su expresión a gesticular exageradamente de manera grotesca y espasmódica. Prefería, otras veces, definirlo como cólera y ésta le invitaba a aspirar a través de la nariz o a apretar los dientes en una sonrisa forzada. Había también plazos, bajo su perplejidad, que sentía compasión y ganas de confesar, de demandar auxilio, de tratar de compartir las inquietudes producidas por su horrible y débil enemistad que, incomprensiblemente, trataba de encubrir. Estos tres rasgos de su carácter excéntrico en su trato cotidiano se sucedían unos a otros y Daniel asistía, inmóvil, turbado e incapaz, a sus arrebatos.

Daniel, como artista, no tenía ningún prestigio y quizá ningún talento lo cual, es ominoso decirlo, no le importaba lo más mínimo. Tal y como le gustaba afirmar, el arte reprueba todo prestigio y pone el talento en duda. Estaba borracho de cotidianidad y sufrimiento; cuando tocaba, sabía que no lo hacía para nadie. Los sentimientos, a la música, significan una fuente de frases vacías. Quien toca embriagado por el sentir lo hace de un modo particular, íntimo, cuyo acceso, al oyente, entraña una rara dificultad y, en muchas ocasiones, un terrible engaño. La música se manifiesta como una amante insensible y despótica, se revela a capricho y nunca se muestra enteramente desnuda. Cínico, ebrio, encontraba en el pesimismo el único realismo posible, una enfermedad gratuita de hastío, renuncia y sordidez.

≈

El mar rompía en espumosas montañas contra las rocas que bordeaban la playa, retrocedía después calmado demorándose entre los recovecos milenarios de la erosión de la piedra, para luego detenerse en una lucha de equilibrios y volver otra vez invencible, frío, recio y salado.

Desde una de las altas rocas, Laura contemplaba la playa y, a lo lejos, el puerto sitiado por la combustión fósil y el ajetreo constante. El olor salvaje, denso del mar, se mezclaba con el del gasoil de los barcos mercantes que navegaban lejos, a cualquier parte. Caminaba sorteando pequeños abismos naturales. En ocasiones se encontraba con los restos de la civilización; bolsas de plástico, latas oxidadas… Trepó hasta el

promontorio y tomó aliento. Ante ella, la tierra descendía abruptamente a considerable altura; abajo, el mar bramaba furioso. Decenas de oscuros cangrejos con sus conchas relucientes y resbaladizas se ocultaron ante la presencia de la mujer, haciendo gala de sus cómicos pasos. El paisaje y la actividad caminante habían conseguido despejarla, pero pronto volvió a sentirse atacada por la traición de la nostalgia. Cruzaba los brazos con la mirada perdida en el horizonte, con lágrimas que bien pudieran haber sido causadas por el fuerte viento que, a rachas arrebatadas, azotaba el litoral, levantando, en el romper de las olas, un frío y desapacible efluvio.

≈

Daniel sintió una palmada sobre su hombro y se volvió bruscamente, tardaría tiempo en librarse de la incomodidad que ésta le suscitó. — Tranquilo maestro, ve despacio. — Santiago rodeó a Daniel y tamborileó sobre la barra tras pedir un tequila. Examinó Daniel su colorida y amplia camisa que cubría sus anchas espaldas junto con su rechoncho torso mulato. La tranquila y natural simpatía de Santiago casi le libraba del eterno aborrecimiento misántropo de Daniel mas éste no podía evitar reprochar mentalmente su excesiva locuacidad, quizá, en secreto, le envidiara. Tras sumergir su grueso bigote en el alcohol, dirigió su vista al techo del antro y tarareó una vieja canción habanera, sumido, esto es seguro, en cálidas añoranzas. Hincó un cigarro, acodándose en la barra, volviéndose sobre la concurrencia como lo hiciera un senador romano y derramando algún comentario sobre las *señoritas* de aquella noche.

— Vivir para tocar. — Las sentencias de Santiago quedaban descolgadas como banales fragmentos resumidos y reiterados de una noche eterna. Hacía tiempo que Daniel creía estar atrapado en aquella noche fatídica y ya había olvidado el deber de soñar con escapar de ella. Una turbiedad llena de humo y confundida entre desconocidas voces en diferentes idiomas de Babel. La mirada enrojecida y ojerosa, los pies fríos, los oídos aturdidos, la nariz goteante y cierta molestia en la espalda que combatía mediante analgésicos cuyas cajas encontraba en todos los rincones de su vida.

≈

Laura llegó de la playa con el pelo enmadejado y el ánimo vencido. En los umbrales de la casa pudo escuchar el timbre del teléfono, con lo que hubo de apresurarse al abrir y atravesar el salón atropelladamente en busca del aparato. El carillón debió de reprobar aquel gesto. Al otro lado de la línea se descubrió la voz de su amiga Julia, a quien hacía tiempo que no

frecuentaba. Después de prolongar insistencias en un intercambio de frases vacías, Julia consiguió citarse con su amiga en un café, después del almuerzo. Nada más verla, Laura notó, no sin algo de envidia, que Julia gozaba de un perfecto aspecto. Laura guardaba silencio, fingiendo interés por una conversación cuyo hilo no se decidía a tomar.

— …pero bueno, ya está bien de hablar de mí, ¿qué tal tú? — Laura, que en aquel instante miraba a través de una ventana del local a ningún punto concreto, tardó en responder. Si respondía a su amiga se vería obligada a relatar una historia que prefería eludir y a soportar un intento de consolación que conseguiría el efecto contrario al pretendido; terminar de abatirla. La presión de la cafetera se demoraba en un ruido molesto, escuchábase el entrechocar de platos, tazas y cucharillas, respirándose un aire caliente, como de pan recién horneado.
— Bien. — ¿Cómo que bien? — Ya te lo he dicho, bien. — Laura devolvió la vista a la marquesina. Julia intuyó algo, pero no tuvo valor de intentar acercarse a su amiga. Al cabo del rato, Laura no pudo aguantar más; se despidió de Julia bajo la promesa de llamarla y abandonó el café aferrada a su bolso.

≈

Daniel esperaba sin ansia el tren que le llevaría hasta la costa. Sentado en un banco, con la maleta que contenía todas sus escasas pertenencias entre las piernas, se entretenía con el ambiente de la pequeña y solitaria estación envuelta en una fría bruma matinal. Pensó que los lugares públicos desiertos, los grandes espacios abiertos, acentuaban la soledad de manera dolorosa.
Daniel huía de la ciudad, y esperaba, de sus frustraciones. La banda había encontrado un breve y esclavo contrato en el litoral. Bien sabía, sin embargo, que allí donde fuera encararía al mismo Daniel y su misma vida en fuga. Pensamientos inconcretos, acordes perdidos, notas del tiempo de la evasión.

Campos grises y brillantes de rocío atravesaban vertiginosamente las ventanas del vagón, a las faldas de la vía. Cuanto quedaba más lejos de ella era la blancura intraspasable de la niebla que de vez en cuando mostraba sombras indeterminadas e indefinidas. Se sucedían los postes eléctricos, rítmicamente, como el sonido del tren, que rompía con su trayecto la armonía de la tierra callada.

II

Quisiera haber nacido pájaro y anidar en el firmamento. Quisiera volar a un lugar lejano, para escapar de la tribulación de mi pensamiento. También quisiera que aquellos a los que siempre amamos compartieran con nosotros un tiempo eterno, y los hombres fueran entonces hombres y no esclavos de la amargura y la tierra. Encadenados en una lucha desesperanzada, presos en un impulso ciego hacia ninguna parte.
Dónde ir si no hay lugar, a dónde llegar ¿de dónde partir?

Los gorriones revoloteaban en torno a la fachada de la casa, en busca de alimento. Sólo uno fuera a posarse cerca de la ventana de Laura, con afanoso comportamiento e inquieta mirada, de aquello que podría denominarse *simple naturaleza*. Esta vez Laura dirigió su vista a través de los cristales y observó el pájaro durante unos minutos.

Al sol de la tarde encuentro una mesa, destaca sobre ella el verde ocre de los recoletos jardines de la infancia. Tiempos en los que un fugaz pensamiento basta para presentar sus días enteros en los que la despreocupación y el calor de la noche permanecen inmortalizados en la cúpula de la memoria, por su luz característica. Al sol de la tarde recuerdo un lago de aguas tranquilas, las rojizas puntas de los árboles deslizándose hasta las alturas. Un tibio claror lame cada recodo de la grava del camino, dejando sin descubrir penumbras intraspasables. Nadie sabe. Frente a la mesa un niño tiene un diamante que al caer sobre la hierba se transformó en las gotas del rocío.

≈

Desde la terraza de su pequeña y desarreglada habitación en un hotel, Daniel podía contemplar una facción de mar lejano entre moles de hormigón y cemento armado; después, retornaba al resguardo del interior de la habitación para ojear distraído artículos en el periódico.

Encendió un cigarrillo y se tumbó en la cama deshecha, desprendiéndose del humo con languidez, siguiendo con la mirada su ligero y serpenteante ascenso. Sentía, en su batir, pesadez en los párpados, una terrible somnolencia, mas la jaqueca y el vacío de estómago le mantenían en un estado consciente, entre el sueño y la vigilia. Notaba cierta ansiedad que no terminaba de calmar con el alcohol, el tabaco y los analgésicos, cierta necesidad de llenar su espíritu abotargado de música. La experiencia le aseguraba que a la hora de tocar bajo un ánimo semejante se mostraría inhábil a la vez que exigente, que sus dedos ofrecerían una lenta y desacompasada traducción a un dictado sin precisas coordenadas. Aguardaba que, llegada la hora de la actuación, aquella dejadez le abandonara y que la inquietud ante la novedad de un nuevo ambiente espoleara su imaginación en dialogantes variaciones melódicas.

En trances, no distinguía su propia voz de la del instrumento y arrancaba con firme voluntad nítidas y precisas sonoridades de él, como si leyera una partitura consonante con un claro y vital mensaje criptográfico. Se sorprendía a sí mismo de sus seguros movimientos, no creía suya aquella sabiduría y combatía con todos los medios posibles por su permanencia en aquel limbo, en aquel desasimiento e íntimo contacto con la música.
Así, descubría inesperadamente una frase que creía haber escuchado o tocado con distante anterioridad, perdida en aquella noche sin tiempo; la rodeaba, la adornaba, la interrogaba, la confundía… el piano se retiraba detrás del resto de la instrumentación, aconsejando, indicando un camino, seguía de cerca sus evoluciones para luego manifestarse sobre ellas, asumiendo el deber narrativo en aquella historia.

En otras ocasiones, por contra, sólo alcanzaba a enunciar ruido. La música entonces no sólo no tenía presencia sino que su existencia en todo lugar era puesta en duda. Quedaba reducida a una simple conjugación aleatoria de tonalidades vacías. Entonces sentía ganas de cerrar la tapa del instrumento con brusquedad y abandonar el local sin mediar palabra. Se entretenía mirando al auditorio e incluso, en determinados momentos, le provocaba con algunas estridencias para comprobar si éstas despertaban alguna atención. Invariablemente, sólo algún músico acompañante advertía aquellas revueltas y le dirigía un gesto, a veces compartiendo su ironía, a veces revelando el temor de que Daniel fuera a lanzarse a tocar a rebato, como si aquellas notas prohibidas pudieran suponer la ruptura con un trascendental sacramento.

≈

Pequeños grupos de gente se congregaban fuera del local, a la fosforescencia cambiante de los neones. Descendieron por un estrecho corredor en pocos y altos escalones, respirando un aire cargado de sudor, perfume, marihuana y tabaco. La sala no ofrecía un gran desahogo pues el techo era bajo y las mesas ocupaban un gran espacio a distintos niveles tenuemente insinuados.

Raúl encontró una mesa vacía y la ocuparon. Era un alivio sentarse pues, desde aquella posición, se perdía la sensación de agobio al convertirse uno en espectador distanciado del tumulto, se aseguraba un punto cardinal en medio de la penumbra desconcertante y lentamente se iban revelando y haciendo familiares las formas de cada uno de los rincones del lugar. Iban adivinándose los rostros así como las constantes en los movimientos de sus sujetos, identificándose la relación entre ellos, sus ademanes, voces y posturas. Julia se recogió el pelo y depositó la cajetilla de tabaco sobre la mesa. Raúl se desabotonó el cuello de la camisa y comentó algo concerniente a la temperatura del local, mirando a su alrededor con una cómica curiosidad de extranjero. Con ellos estaba Joan quien concedía pequeños sorbos a su cerveza y no había parado de hablar en toda la noche. Ahora lo hacía sobre el jazz. Laura fingía escuchar a este último, pero permanecía atenta a los desvelos del ambiente todavía impreciso, descubriendo, por encima de las cabezas, el mástil del contrabajo enfundado que un mulato con camisa floreada arrastraba con dificultades hasta el escenario. Allí, un negro permanecía sentado parsimoniosamente, limpiando un brillante saxofón, igual que el guerrero salvaje afila su machete, encajando y desencajando la boquilla, pulsando articuladamente sus resortes sin emitir todavía ninguna nota. El baterista parecía nervioso, golpeaba los pies contra el suelo a un ritmo esquizofrénico y encendía cigarrillos sin tregua, volviendo sobre la colocación de platos y tambores. Santiago bufó en cuanto se encaramó al escenario gracias a una mano tendida por el negro, quien le sonrió y le comentó algo, todo sin descuidar su minuciosa labor.

≈

El público se impacientaba; dirigía vistazos al escenario cada vez que el intranquilo baterista provocaba un golpe de bombo. A cada uno de estos latidos Laura sentía una extraña exaltación punzante en el vientre. También Santiago mostraba alteración, asentando el contrabajo y haciéndolo girar como si bailase con él, tensando sus largas y gruesas cuerdas. El negro se incorporó súbitamente de su asiento y convocó a los músicos. Estuvieron un largo tiempo parlamentando hasta que parecieron acordar algo. Tras el consenso, ocuparon sus respectivos puestos y

Santiago inició algunas frases desordenadas que se perdían entre el tumulto. Pronto el ritmo, no demasiado rápido ni elevado en su volumen, las acompañó y, con discreción, la música conquistaba ya un espacio en el ambiente como una invitada cuya presencia no se había destacado ni advertido todavía. De súbito, los platos provocaron un estallido que capturó la atención, Santiago pulsaba las cuerdas frenético, a contrapunto de los golpes. El negro sonreía y entrecerraba los ojos, aguardando el momento de entrar y meciéndose al son del hondo compás. Se llevó el instrumento a los labios y alcanzó una nota aguda y poderosa que luego fuera deslizando en convulsiones cada vez más apagadas. Anduvo el negro regodeándose y enredándose cadencioso un buen rato, como tomando apoyos en una carrera alocada que fuera a emprender y, en efecto, pronto superó la cota anterior, llegando a los agudos con toda la fuerza de sus pulmones, ligándolos y espaciándolos diestramente en imaginativas escalas.

A Laura le intrigó la música pero cuando se hubo acostumbrado a la novedad de las voces de los instrumentos fue venciendo su interés. Raúl batía palmadas sobre sus piernas y ladeaba su cabeza exageradamente, provocando la risa de Julia. Joan había extendido su charlatanería hasta mesas fronterizas y se prodigaba en ingeniosos comentarios.

De su parte, Daniel había accedido al escenario por uno de sus discretos flancos, extrañando a algunos espectadores cercanos. Andando encorvado y de puntillas, se sentó tras el piano, suspirando de modo teatral y celebrando que los músicos no le hubieran visto con un gesto hilarante, como el niño que ha cometido alguna inocente fechoría. Lentamente levantó la tapa y ejercitó sus manos hasta que se decidió a formar parte de aquella fábula.

≈

Un camino en medio de la noche, sugerido por el resplandor proveniente de una carretera cercana, paralela. Podían hallarse charcos tranquilos entre el fango describiendo relucientes figuras deshilachadas. Daniel decidió seguirlo a pie. Era, en un principio, una larga, prolongada ascensión. Un puente salvaba el obstáculo de un brumoso río de cieno. El avance, conforme se adentraba en las entrañas de una abrupta pendiente, se hacía cada vez más difícil… sin embargo una esperanza le inducía a adelantar uno y otro paso. Cuántas encrucijadas asfaltadas, cuánta soledad envuelta en un sinfín de rumores. Una cancela se abrió y todas las gotas de lluvia que permanecían en su enrejado se abalanzaron al unísono en una fría cortina; la cancela daba paso a un estrecho canal. Dirigió su vista hacia la carretera, elevada,

lejana… ningún automóvil la atravesaba a aquellas horas intempestivas. No podía discernir a qué distancia se encontraba pero escuchaba al fondo del precipicio las estrepitosas aguas de un río caudaloso. La vuelta al camino, el pisar de nuevo sobre tierra mojada, alejaba aquella aterradora idea de hundirse; poder gritar sin ser escuchado por nadie, la presunción de fundirse para siempre en aquella tiniebla bien podría disiparse asiéndose al fango resbaladizo. No obstante siempre seguía allí, latente.

El camino ascendía en una nueva pendiente y ahora parecía iluminado por una extraña claridad. Cada cima alcanzada suponía una pérdida de ánimo, el derroche de un costoso esfuerzo. Invariablemente era como si se arribara a una conclusión pero en realidad todas las ascensiones llevaban a ninguna parte. Un camino, de esta suerte, infinito y a cada paso menos transitable. Las fuerzas iban mermando, la esperanza concluía frustrada, la fina llovizna continuaba calándole y aguijoneándole como millones de alfileres gélidos arrojados por el viento. Nada más que silencio y el sonido de las pisadas pesadas, frescas. En la mente un solo deseo: que aquello terminase de una vez por todas, la certeza de haber cometido un error y no poder enmendarlo. La locura y todas las buenas razones que antes no acudieron, cuando uno se decidió avanzar a pie por aquella maldita vereda.

A punto estuvo de desfallecer sobre la tierra pastosa, de abandonar e internarse en lo siempre temido, en lo siempre esperado, hallarse sin asombro en medio de la nada. El descenso de las constantes vitales, la pérdida de consciencia y el latido tímido de la voz de la reflexión, muda y sin palabras. Se trata de un personaje sencillo sentado en una antesala vacía. Inicia un monólogo sin matices como si una oración fuera. Departe sobre la muerte y no lo hace con espanto, es más: se dirige a ella con naturalidad, como si se tratase de una vieja conocida. No piensa en la palabra *muerte,* simplemente espera a que ésta se revele, adivinándola, aceptándola, a sabiendas de que se encuentra cerca de ella, rozándola con las yemas de los dedos, conocedor de que ya nada importa ni merece la pena. Todas las vanas esperanzas, todos los sueños, el destino y el azar… todas las dudas y las irresoluciones vitales son al cabo un entretenimiento pretérito. Desde esta posición se encara el óbito sin arrojo ni valentía, tampoco con temor o con esperanza. Se arrostra a las parcas sin anteponer inútiles palabras. Se acatan resignadamente las órdenes de un director de escena y él es quien se ocupa de que la representación se ejecute sin ninguna rebelión, sin ningún arrojo innecesario.

Cuando todo parecía estar perdido divisamos de nuevo la carretera, aquella que discurría paralela al camino y sabemos que todo ha acabado, que estamos lejos de los puntos que une. Descendemos hasta contemplar la desembocadura de un riachuelo infecto, como muchos otros tantos al pie del acantilado. Uno de nuestros pies se sumerge en las aguas mientras que con una mano asimos inútilmente el fango para intentar detener la caída. No

la atajamos, sólo la demoramos. Un camino en la lejanía, otro, qué difícil seguirlo. Una fuga. Inexplicablemente Daniel reunió nuevas fuerzas junto con una provisión de odio, rencor y desesperación. Un arrebato en una nueva dirección, quizás inexplorada, irreconocible y, al fin de la carrera -de cualquier manera- un muro infranqueable. Una defensa sin salida, sin escapatoria. La carretera se encuentra ya perdida, olvidada, intransitada… conectaba dos lugares a los que jamás llegaremos. Adentróse el pianista de nuevo, tras un respiro, en el camino oscuro, en la pesadilla revuelta y tumultuosa. Unas pisadas ¿eran pisadas? Quizá las suyas, quizá las de otro, las de un perseguidor. Es posible que se persiguiera a sí mismo y él mismo persiguiera a un perseguidor que seguía aquel angosto sendero. No, no llegaría a ninguna parte, era absurdo pretender engañarse.
De súbito el cielo vomitó sobre nosotros toda la furia contenida de aquella noche. La falta de aliento, el llanto… la más horrorosa de las desesperaciones y la certeza de que al final, la meta -esto es, el verdadero fin que no esperábamos alcanzar- constituía nuestro único y desconsolado destino.

≈

¿Cuántas copas había bebido?, ¿qué más había tomado? Imposible determinarlo, atormentador descubrirlo. Laura volvía en sí aturdida y molesta, desnortada, como quien abandona el sueño y ha de dirigirse hacia una ineludible, ardua y tediosa obligación; pretendiendo recordar y rehacer los oníricos pasajes con el fin de volver a internarse en ellos, a pesar de encontrarlos vertiginosos y no siempre atrayentes, mas profundamente sentidos, tal si la mente, con una impresión irrevocable producto de la conciencia de la ficción, ahora lúcida a un tiempo que arrepentida de la ingratitud de su despertar, rehuyendo el desengaño, se afanase por alzar los restos de lo que fue un suntuoso decorado en un escenario ya vacío y abandonado.

Retiró la mano de Joan de su cuerpo y procuró separarse de su abrazo. Al tratar de desenredar las piernas, golpeó la mesa, derramando el contenido de algún vaso. Rió Laura, de forma mecánica. Ante el sobresalto, también Joan pareció ahora abandonar una especie de trance, incorporándose y lamentando alguna molestia en su cuerpo. *Es ésta la opción para alejarse de la pulsión de muerte y oscuridad que habita dentro del ser humano, una alternativa tan detestable como cualquier otra.* La cursiva de Laura pugnaba por discernir pero, ante la incapacidad de hacerlo, se angustiaba y sentía el acceso irreprimible de una tremenda náusea. Tiempo hacía que la música se había detenido, se encontraban en un interludio, ahora lo adivinaba y se preguntaba cíclicamente por qué no lo había adivinado

antes. Joan sostenía su mano, Laura agradecía su calor. — …pálida ¿estás bien? — Reconocía las palabras, pero se encontraba lejos de comprenderlas. Intuía que algo iba mal, que algo se escapaba de su control y que empeoraba al mirar a las figuras ensombrecidas de los concurrentes. No quería provocar ninguna atención, quería desvanecerse, no haber estado nunca donde empezaba a recobrar la consciencia, *no quiero* estar *¿es eso posible?*

La voz de Raúl, el novio de Julia, le taladraba los oídos, jamás pensó que pudiera existir un timbre tan molesto. — Anímate Laura, ¿es que no te gusta el ambiente? — Laura concedió un vistazo hacia Raúl, después a una copa vacía. Se había levantando, tambaleándose, y murmuró algo incomprensible. Había una Laura que se levantaba y otra que permanecía dormida en un lugar sin nombre. A punto estuvo de caer de bruces de no ser por un oportuno brazo de Raúl que sostuvo su delgado cuerpo durante unos segundos. — ¿Estás bien? — Me voy fuera, tanta gente me agobia. — Laura, a su salida, se cruzó con Joan e intercambiaron una mirada de complicidad.

Empujó la pesada puerta de hierro del local y agradeció escuchar el ruido de la lluvia al golpear el firme en lugar de las voces. *La naturaleza es un canto perfecto y actúa para sí misma.* Miró hacia el cielo oscuro con la finalidad de que las gotas de lluvia resbalasen sobre su semblante.
Fue entonces cuando se interpuso la lona de un negro paraguas, sorprendiéndola. Nada más darse la vuelta descubrió a Raúl, que sujetaba el paraguas y uno de sus hombros. — ¿Vienes conmigo? — Prefiero el silencio y el frío de la noche solitaria. — La chica encontraba a Raúl sospechosamente *poético*; lo celebró abandonando el cobijo del paraguas y describiendo vueltas en una jovial danza. Lo cierto es que la presencia del novio de su amiga la incomodaba en la representación de aquel extraño juego, pero deliberó que allí sola, debajo del agua, pese a su actual bienestar, terminaría por deshacerse en pequeños fragmentos. Al menos, mientras alguien la contemplaba, existía.
Raúl ladeó la cabeza, desaprobando la excentricidad — vente al coche, te llevaré a tu casa. — Tras meditarlo, Laura aceptó la oferta. Hasta aquel mismo instante no se había dado cuenta de lo fatigada que estaba en realidad. Si antes la voz de Raúl le incomodó ahora le parecía un bálsamo ¡y qué bien se sentía sumisa, formal y obediente! Laura y Raúl se encaminaron hacia el coche del último, ambos apretados bajo el paraguas. Raúl se dirigió hasta la puerta del acompañante, amparando a Laura bajo la tela, después se puso al volante. Cuando las dos puertas estuvieron cerradas el silencio en el interior del vehículo fue absoluto. Raúl puso en marcha el motor, quizá para atajar aquella incómoda quietud. — ¿No

vamos a avisar a Julia y a Joan? — preguntó Laura. — Ya lo hice antes de salir. — Laura dudaba de la certeza de las palabras de su acompañante, mas, al fin y al cabo, eso a ella no la incumbía, estaba demasiado absorta en sí misma y su perfecta representación como para discurrir sobre asuntos ajenos.

≈

Ya en medio del trayecto, los tiempos que el motor marcaba le parecieron un tierno arrullo. Se entretenía Laura en ver cómo las gotas de agua chocaban contra el cristal para luego ser apartadas de lado por el viento y el limpiaparabrisas del coche. Los haces de las farolas producían extrañas formas al fundirse con el líquido elemento que asaltaba la luna del automóvil, desparramando una infinidad de destellos policromos que rozaban los cuerpos de los viajeros en un caleidoscopio. Laura percibió sin girar la cabeza que Raúl le cedía furtivas miradas. Llegaron a la casa, el vehículo se detuvo, y de nuevo el embarazoso silencio.

Laura se despidió ante el ceño fruncido de Raúl en seña de preocupación. — Aguarda, cojo el paraguas y te acompaño al portal — y Laura cerró la puerta mientras su acompañante extraía el paraguas del maletero. El novio de su amiga tendió caballerosamente una mano que Laura rechazó, con escénica y divertida arrogancia, pero que luego tuvo que asir ante un tropezón. Los dos ganaron el portal. Allí Raúl plegó el paraguas mientras Laura trataba de encontrar las llaves en su bolso. — Menuda noche de perros — se quejaba Raúl, poco elocuente, sacudiéndose unas gotas de su hombro. La puerta cedió y Laura buscó el interruptor de la luz tanteando la pared. El tiempo transcurría y Laura no lograba dar con el paradero del mecanismo. — A ver, déjame — Raúl se puso al lado de Laura y se unió a la búsqueda, las dos manos se encontraron en el camino, sin embargo la chica evitó el roce y en esa maniobra, casualmente, dio con el interruptor.
La lámpara del techo dejó al descubierto los cuerpos calados de las dos personas. Laura se internó en la vivienda, Raúl quedó fuera, expectante, paraguas en mano. Vacilaba este último ante la presencia intimidatoria del grave carillón. Optaría finalmente por adentrarse — ¿Puedo pasar, no? — Claro — Laura se encontraba confusa, en el fondo no podía evitar sentirse como una marioneta bajo las manos de un siniestro demiurgo.

Raúl abandonó el paraguas en la entrada y luego siguió a Laura por el salón, admirando su esbelta figura y descubriendo los lugares de la estancia. La chica quedó postrada en el sofá, con el pelo empapado cayéndole en una cascada sobre los hombros, el maquillaje descorrido,

una carrera en las medias. Raúl localizó el mueble bar y sirvió dos vasos. Tras tender uno a Laura, los dos permanecieron callados, a la escucha del sonido de la lluvia que ahora arreciaba con fuerza.

— Es agradable escuchar la lluvia a cubierto, ¿no crees? — Laura miró a Raúl aprovechando que ahora permanecía absorto preparando una raya. No sabía demasiado acerca de él, si acaso, le conocía a través de lo que Julia había relatado sobre la relación que les unía. Una correspondencia vital para Julia, en torno a la cual giraba su vida, pero con matices que Julia nunca le revelaba y no porque no confiara en su amiga. Quizá, a pesar de su favorable aspecto, Julia no estuviera del todo bien.

Se trataba de un hombre ya maduro, pero que procuraba mantenerse en lucha contra el tiempo. Su media sonrisa descubría una dentadura perfecta que brillaba a juego con su caro reloj y contrastaba con su morena tez. Un comercial serio -describía ahora Laura- que gana un buen sueldo pero siempre de aspecto descontento, siempre sumido en la busca de algo inconcreto, de la aventura, de algo que le haga olvidar momentáneamente una vida de la cual abiertamente proclama estar satisfecho pero que a la vista está, en el fondo debe detestar.
Laura siempre había albergado un extraño presentimiento cuando Raúl y ella quedaban a solas y empezaba a evidenciar que quizá Raúl la pretendiese en cierta medida. *Es detestable.* Claro que Raúl nunca se había delatado, pero a aquella altura se hacía demasiado evidente. Lo era desde la escena del paraguas y lo sentía como una amenaza novelesca, como una trama turbia. Pensó inopinadamente en su amiga Julia, ocupada en evitar tener presentes las infidelidades de Raúl, engañándose concienzudamente sobre él y tratando de sacar a flote sus escasas virtudes… quizá incluso amándole más a causa de esa facción que no podía pertenecerle nunca, que le traicionaba siempre.

— Resulta curioso — era Raúl ahora quien se recostaba en el sofá, con los ojos cerrados, después de haber aspirado el veneno. — Una cosa es lo natural, otra lo sobrenatural. Lo natural es la rutina, la sujeción a las convenciones diarias, lo otro, la libertad. Se distingue el verdadero amor en que es libre y, si tiene el aliciente de prohibido, ya podemos hablar de una verdadera pasión. —
Laura meditó sobre aquellas palabras y descubrió que ese acceso de claridad de Raúl había revelado el enredo de su alma. Y ello la decepcionó en parte, al desenterrar ahora una cuestión terriblemente sencilla, animal, primaria, donde antes apercibía una multitud de sensaciones oscuras y atractivas por su misma oscuridad. La realidad empezaba a seguir el guión de su novela. ¿Qué pretendía? Detestaba a Raúl, eso estaba claro, pero

algo inconcreto le atraía de él. No acertaba a distinguir si fuera acaso *lo prohibido*, como él mismo anunciaba, o quizá la debilidad provocada por su soledad, la necesidad de redimirse de una vez en el fuego y escapar de su pasado…

III

El grifo olvida y solloza derrama algunas gotas solitarias que golpean sobre el blanco lavabo resquebrajado produciendo un sofocado ritmo mientras las plumas redactan con torpe lentitud en su rasgar matorrales secos baten los vidrios irradian y tiemblan los flexos de enfermedad y monotonía gotas redactan monotonía y enfermedad en tanto los vidrios tiemblan e irradian sobre el ritmo matorrales inertes que golpean con lentitud torpe en su rasgar llaman al mediodía que cercados y reses el campanario de la iglesia llena con su repicar los oídos del pueblo recitar de ancianas campanas y oxidadas en las calles hacia la procedencia del repique a la iglesia desafiante del tiempo a la iglesia desafiante del cielo la iglesia centro donde habita Dios menesterosa morada en tierra donde la gente escucha un sermón de párroco viejo y ciego como el pueblo mismo habla de pecado de perdón de redención y de conciencia de palabras sobre palabras de la Biblia que vacías llenas ahora de sol algunas esterillas mugrientas de puertas al paso palomas a lo largo de la calurosa mañana pasa el tiempo en el remoto pueblo pasa vuelven los alumnos a olvidar aquellas inútiles palabras contra el recuerdo que aprendieron de mañana ayudan a su raza en el adeudo perentorio así todos los días en un tiempo indistinto el pueblo no llega o no desea comprender que no puede alcanzar nada porque el pueblo es esclavo y fiel servidor de la madre tierra abandonan la iglesia abandonan la escuela sigue el pueblo su inercia el mundo no existe porque la realidad lo apresa el pueblo se levanta trabaja come orina juega a las cartas se acuesta su despiadada historia donde la imaginación no tiene cabida como consuelo el Dios Jesucristo gloria y gracia de los hombres del pueblo olvidado brinda a éstos con fiesta de veneración sangrienta hombres y mujeres sacrifican su salud redimen su alma a cambio del desprecio de la oscura reiteración diaria concupiscente que representa la realidad vencida al influjo de cultura y espíritu a través de un lenguaje de mil lenguas violadas el cuerpo mecen al son del árido viento en la escuela se escucha al profesor pronunciar seguido del coro y el canto unísono números los alumnos que escriben

encima de la silla y la silla debajo de la mesa el grifo goteando azota el céfiro las paredes desconchadas de la escuela pública única del pequeño y perdido pueblo el campo de cultivo salpicado de cabañas al compás de las campanadas y revuelo de la silla debajo de la mesa la pluma escribe mientras el pueblo grita hasta desgarrar sus mil gargantas las horas del día…

Laura detuvo la exacerbación de su máquina de escribir para tomar un sorbo de café, ya frío.

Era inevitable que el hombre mirara al cielo y comprensible que se encerrara en cuevas ante su incomprensión, el miedo, su furia. Con el paso del tiempo el hombre fue otro; el cielo, el mismo enigma eterno. Debió ocurrírsele al hombre dios un día y suponer que si éste moraba en alguna parte no podía hallarse en ningún otro lugar. Allí era donde, en efecto, debería encontrarse, impasible, beneplácito, humillado, adorado, colérico… muere una vez más el hombre, vislumbrando con sus ojos vidriosos e inertes, con los labios sellados para el resto de la eternidad, desde el fondo de la tierra, su tumba, el firmamento estrellado. El hombre, hijo de la luz del cielo, sueña con aspirar a cambiar las cosas de nombre para engañar a su trágico destino con despistes y señas falsas como si el destino fuera un ensombrecido asesino de novela negra envuelto en un oscuro gabán que acecha sigiloso mientras fuma tabaco rubio americano. No quiere llamarse hombre, quisiera llamarse dios y no morir todos los días de forma inadmisible, como en una ópera bufa, engañado, creyendo que ha resuelto sus dudas y sólo llamando a la duda por su nombre. Los cráteres de la luna se ríen del él con sus ascendentes comisuras. Las estrellas brillan cuando en el fondo quieren y cuando no se ocultan. El hombre nace y pronto aprende a especular sobre "su mundo". También el hombre abandona su oficina, muy digno, aferrando un maletín lleno de manuscritos y sueños. El cielo siempre representa el mismo enigma pero muestra cada día una cara distinta; cada día muere un hombre siempre con el mismo rictus, con su simiesco aspecto.

≈

Tras desayunar frugalmente, Laura se encaminó hacia la playa. Tendría tiempo más que de sobra de recorrer las húmedas rocas y de reflexionar sobre su futuro inmediato. Necesitaba descanso para reparar sus viejas lesiones y de esa forma avanzar un paso más hacia la convivencia con ellas, pues sabía, nunca las llegaría a sanar por completo. Cuando cruzó la carretera que separaba el arenal de la civilización sintió como si se

internara en un mundo familiar, en un lugar donde podía mostrar sus temores sin miedo de sí misma y del resto de la gente.
Se quitó los zapatos y, descalza, pisó la fría arena. El mar bramaba calmado a lo lejos; al igual que Laura, había ya abandonado su agitación. Paseaba describiendo finas huellas hacia la orilla, alejándose cada vez más de los ecos de la urbe y envolviéndose en el frío, la humedad y el olor a salitre, junto con el seductor rumor de las aguas. Nadie osaba pisar ahora aquel lugar más que ella, y divisaba, surgiendo de la blanca espuma, a lo lejos, las rocas de la playa, su refugio, su amparo.

El mar acarició sus pies y Laura, de un salto, volvió a la arena mas luego fuérase acostumbrando a la baja temperatura de las aguas y pronto aceptó al mar como compañero, como aliado, como amante. Algunas rocas, de tamaño similar al suyo, permanecían alejadas de sus compañeras y le daban la bienvenida a guiso de corteses centinelas, rodeadas de arena y algas. Laura se lavó los pies a la altura de uno de aquellos riscos y se calzó los zapatos, apresurándose a trepar por los imponentes escollos, viejos, callados. Aquí, en los acantilados, a medida que se ganaba elevación, uno se iba alejando más de la tierra, del asfalto. Solamente el viento y el mar permanecían dialogantes, eternos y envolventes. Se iba aproximando a su lugar predilecto, una hendidura amplia en las rocas que cubría con sus espaldas la ciudad por completo y sólo se podía, desde allí, otear los confines. Tuvo un traspié con una roca y ello la ayudó a recordar la noche pasada, ahora perdida, distante, sin importancia ni trascendencia alguna. ¡Qué lejos quedaba el mundo y sus irrisorios problemas de aquella solemne playa!

≈

Tocaba lento y sosegado. Rescataba fragmentos de la noche pero se contentaba sólo con insinuarlos. Se sentía puro e inocente, limpio, reconciliado con la música y dialogaba con ella en el local vacío. Cuando detenía una de sus manos, percibía un temblor quizá acusado al cansancio, quizá a una profunda emoción. Sentimos, y el hecho de sentir no podemos evitarlo por mucho que nos empeñemos.
El resto de la banda remoloneaba en la barra con los instrumentos enfundados, no decidiéndose a partir. El baterista se acercó a él y escudriñó los martillos del piano, apoyándose en el instrumento con los brazos cruzados. Daniel alzó la vista sin dejar de tocar y se sonrió. El baterista era joven y sostenía un ron con hielo — lo de anoche fue sobresaliente, maestro, hacía tiempo que no escuchaba tocar así. — Daniel tardó en replicar — no acostumbro a atender a mis admiradoras a estas horas, si quieres dejarme un ramo de rosas en el camerino… — Rió

el otro — lo decía en serio, creo que deberíamos hacer una grabación, o algo más, no sé… — Daniel alzó un acorde picado y abrupto y luego rehizo la tranquila melodía que había estado adornando repetidas veces. — La música no se escribe ni se graba, chico, eso es una obscenidad, una impudicia. Lo sublime de la música es el tiempo, su forma fugaz e irrepetible, su sonido puro y original ¿a qué luchar contra aquello que la hace música? Ahora — y Daniel describió una escala ascendente — y no hay más que ahora. ¿Qué más inmediato y real? Esto está vivo, lo está al menos mientras permanezco aquí sentado, hablando contigo. Ella se explica a sí sola y nosotros, este lugar, este aire, esta luz… formamos parte de ella, somos ella y ella sólo es en virtud de nosotros. No dudes que cuando cierre la boca a este pesado armario volverá al lugar al cual pertenece y todo recuerdo suyo no hará sino falsificar su existir. — El baterista asintió y tomó un corto trago — es casualidad, creo que dices, en gran medida. — Daniel torció el gesto — una casualidad causada, algo indomable, salvaje por principio y bello en su libertad a lo que enfrentamos nuestro conocimiento y comprensión sin robarle en el fondo ninguna certeza. Graba si quieres un puñado de notas y escúchalas cuanto quieras ¿acaso alcanzas a descifrarlas?, ¿cuál es su secreto? Quizá aquello que las une y las sucede distribuyéndolas en la armonía, en la sonoridad y en el tiempo, describiendo, conforme avanzan en medio de un sinfín de combinaciones infinitas, la particularidad de un ánimo, de una voluntad. Así, el arte es fuga, sueño, capricho, pura idealidad. Es la expresión suprema de la libertad. Pero esto no es así de ningún modo, se trata sólo de una bonita aproximación. La verdad de la música, su secreto más íntimo, ya te lo he referido; es aquello que ponemos de nosotros en ella y lo que ella deja olvidado en nuestro espíritu. —

≈

Describía eses en la arena, en ocasiones perdía el equilibrio y al punto se incorporaba, tomando un sorbo que le abrasaba la garganta. Sintió el deseo de escalar, de desafiar la naturaleza. Acarició la áspera roca con sus manos con una sensación deleitable de irrealidad. De súbito advirtió un ruido, volvió la cabeza en todas las direcciones, pero no pudo determinar su procedencia. Se encontraba arriba, ya nada podía perturbarle, disfrutaba de una completa y absoluta intimidad. Se sentó al filo del barranco, con las piernas colgando. Dirigió la vista al mar y no pudo evitar vértigo al observar la furia densa y oscura de la marea. Pensó que aquello era una música grandiosa, una impresionante sinfonía observada desde un lugar privilegiado, un espectáculo derrochador que sólo se exhibía para él. Jugaba con la sensación de vértigo. Conforme reconocía el espacio iba desprendiéndose de esta impresión con un raro alivio mas,

al ver retroceder el mar y encontrar las rocas escarpadas más distantes, al ver un muro amenazante de agua fría erigido ante un remolino vacío cuya cresta se encrespaba retorciéndose, volvía a estremecerse por aquella tensión que culminaba extasiante al estallar aquella mole en espuma con un tremendo rugido que despreciaba chasquidos rabiosos y ensordecedores.

Alzó la vista y se dirigió hacia la dirección del ruido que anteriormente había advertido. Distinguió el cuerpo de una mujer, fascinante, tal si se tratase de una misteriosa moradora de las rocas. Laura, ya internada en su escondrijo también reparó en el pianista y sintió su intimidad usurpada tras el leve susto que aquella presencia le produjo. El músico se giró aún más para dar la espalda al mar y asimilar que allí verdaderamente había alguien que no era fábula. En este movimiento derramó la botella que descansaba al lado de su pierna y que el mar engulliría. Confuso, avergonzado, se apresuró a saludarla, aunque quisiera mostrarse irritado. Laura pensó que si ya era difícil dar con alguien en la playa en aquel tiempo, más difícil era sorprenderle entre las rocas, y mucho más aún, en su lugar secreto. Se acercó para divisar el salto, situándose de pie al lado de Daniel, quien, bajo los efectos del alcohol, todavía no soportaba la náusea que le provocaba la compañía. Aguardaría a que aquella mujer marchase para poder disfrutar de la soledad y el paisaje. Daniel observaba a Laura y Laura miraba al horizonte, su cabellera se mecía con la brisa marina.

Quiso expresarse sin las trabas de las convenciones, quería ver el efecto de sus palabras producidas sobre un extraño, posiblemente extranjero, quien la tomaría por loca o algo similar. Eligió uno de sus versos para cumplir este propósito: — Me gustaría ser ave y de esta forma vivir libre y despreocupada rozando con mis alas los vientos y haciendo de mi hogar el infinito. — De nuevo las olas rompiendo, de nuevo el clamor de las gaviotas. Al punto Laura se sintió ridícula, pero se consoló pensando que Daniel no le había oído, o que, en caso de oírla, no le habría entendido ya que el interlocutor no ofrecía señas de haber entendido nada. El músico mantenía la mirada sin cambiar de semblante — ¿Te puedo hacer una pregunta? — Dijo, al rato — Tú conocías este sitio mucho antes que yo, ¿me equivoco? — No, no te equivocas, llevo viviendo toda mi vida aquí, siempre rodeada de agua, arena y rocas — Ya — el músico agarró una piedra y la lanzó al mar, tardó en caer. — Es un lugar fantástico — juzgó, arrastrando las palabras — un pequeño paraíso, vaya — Cada rincón de la tierra tiene su propia belleza inusitada, hasta los lugares en los que montañas de escombro ocupan tu vista siempre hay algo, no sé, algo que te conmueve y te hace pensar que la vida es algo bello en el

fondo, y que siempre es así si la observas con esperanza. — En un momento, Daniel volvió a experimentar el efecto de imaginación que en un principio le causó aquella presencia. Sin embargo Laura era real, para colmo, su hermosísimo cuerpo y sus palabras así lo corroboraban. El músico, incomprensiblemente, se sentía en el deber de prolongar la conversación, cada nueva frase que oía le hacía intrigarse — Permíteme saber cómo te llaman — Laura — y su nombre sonó a brisa.

Permanecieron sentados al amparo de las rocas sin intercambiar más palabras, examinando su mutua presencia ante la agitación del mar. Pasado el tiempo, Laura abandonaba la playa. — ¿Volveremos a vernos? — preguntó Daniel, casi preocupado. — Seguro. — Quedó el músico consternado — entonces hasta pronto. — Laura desapareció y el día languideció dejando a Daniel entre las rocas, terriblemente solo y ebrio, hasta que sintió la necesidad de refugiarse en el alcohol pero no encontró la botella que había traído hasta aquel lugar encantado.

≈

¿Qué era aquello que se destacaba en medio de la fina y blanca arena lamida por los rayos de luna? Un ardoroso resplandor indefinido que tan pronto desbordaba claror, tan pronto se ocultaba.
Lo escrutó con atención mas quizá, al tratar de descubrirlo en su plenitud, se había escondido para siempre. Bien podría tratarse sólo de un espejismo, de una imagen erigida por el capricho de la naturaleza y enaltecida, ensalzada por la imaginación hasta rebasar con nitidez descomedida los límites de la humana comprensión a través de una contemplación pura. Sintiose en extremo complacida, jubilosa, poseedora de un impenetrable secreto y, al mismo tiempo, lamentaba profundamente haber perdido su señal. Emprendería el camino de regreso arrepentida y culpable por haber osado desvelar aquel reservado fulgor. A sus espaldas, distinguió una vez más el cálido destello dibujar su silueta sobre el suelo rocoso. Detuvo sus pasos mas no se atrevió a volver la vista. Observaba su propia sombra proyectada en los pétreos relieves hasta que ésta desapareció gradualmente en la oscuridad. Volvió a dirigirse a la playa y a la pálida luna presa de indignación pues ahora no se había dirigido a la luz, había respetado su misterio y sin embargo ésta había querido desvanecerse como hizo con inmediata anterioridad. ¿Qué irónico Dios se divertía a expensas de su mortal ignorancia? Albergó miedo al atreverse a cuestionar precipitadamente tal fuerza sobrenatural. Rezaría, se dijo, implorando misericordia. Le rezaría y Ello escucharía sus plegarias, derramando el perdón que tanto anhelaba.

Regresó el resplandor a exhibirse ante sus ojos y fijó en él toda su atención, desafiante, tratando de retener aquella imagen en el recuerdo con la mayor fidelidad posible precedentemente a que volviera a desaparecer. Aquella extraña luz, la experiencia se lo vaticinaba, se ocultó, sin embargo mantuvo la vista fija sobre el punto del cual surgiera marcado -ahora lo adivinaba- por una tímida sombra que a intervalos creía perder de vista y a intervalos consideraba una mancha en su retina provocada por el preliminar deslumbramiento, con lo que había de frotarse los ojos constantemente.
El espacio que ocupaba el arenal era amplio y exageradamente liso, se asemejaba perfectamente a un lago de cristal bajo la fantasmal luz reflejada del astro.

Descendió en una angustiosa carrera hasta la playa pues conforme lo hacía sentía la impresión de que su retorno le sería más difícil hasta el extremo de temer no retornar jamás; algo la impulsaba a avanzar con premura, quizás aquella luz estuviera extinguiendo sus últimos reclamos; aquel presentimiento que ya poseyó la impulsaba a frenar su avance ya que era también posible que el motivo de la oscuridad fuera su usurpación en aquel misterio; la marca en la arena seguía siendo difícil de distinguir con lo que había de mantener su vista fija en un difícil reconocimiento. Dicha obligación le impedía vigilar el camino que transitaba, tropezando a ratos y, en otros momentos, sumergiendo sus pasos en una materia movediza que la arrastraba, creía horrorizada, hasta las profundidades del subsuelo.
No obstante, aquella lucha desequilibrada, se decía, había de reportarla una justa compensación, ello y el pánico provocado por todo lo anteriormente referido impulsaban su avance delirante e irrefrenable, en el cual invertía unas fuerzas preciadas que empezaban a mermar, así lo reflejaba su aliento, cada vez más apresurado…

Finalmente, pisó la arena lisa con alivio y avanzó de forma más desahogada. Había perdido la sombra de vista sin embargo caminaba manteniendo una ilusión en retirada. Al volver la vista atrás, descubrió con asombro que había descendido una inmensa montaña completamente vertical, cuyo ascenso le sería ahora imposible. Los flancos de la playa también estaban cercados por altos muros cuyas cúspides estaban coronadas por afiladas alambradas de espino.
Sintiose afligida pero se resignaba con docilidad a su destino. Cuando buscó el mar en el horizonte no lo encontró; sólo se extendía ante ella la explanada de arena hasta hacer frontera con el firmamento. Caminando con las montañas verticales a sus espaldas y siguiendo la guía de la luna azulada, habría de encontrarse con las aguas, se dijo, y reanudó la marcha.

Justo cuando creía que iba a desfallecer, distinguió el cálido destello y se precipitó hacia él. De repente, ya nada importaba.

Al fin, lo descubrió. Era un faro en medio de la arena ¡un refugio! Frente a una ventisca inhóspita que hacía de su garganta un doloroso témpano. El faro se alzaba muy por encima de su cabeza pero conforme se aproximaba a él, iba empequeñeciéndose. A cierta distancia, lo consideró de su misma altura, unos pasos más y el faro no superaba la altura de su tobillo. Se agachó a recoger el juguete, su luz ahora era insignificante y la abandonaba en aquel desierto. El faro estaba pintado con un damero blanco y rojo y en su base alcanzó, no sin dificultad, a descifrar una extraña inscripción.

La que siempre avanza

≈

Laura despertó de su mal sueño. Detestaba aquellas visiones, imágenes absurdamente encadenadas a partir de recuerdos, que parecían revelar una verdad oculta, que incluso insinuaban hechos compartidos con otras personas con sueños similares… imágenes adulteradas que suscitaban terribles emociones, que despertaban hondos instintos. Recuperó la respiración y la tranquilidad. Todavía medio dormida cambió de postura para averiguar qué hora era. El despertador digital parpadeaba las seis menos cinco. Disponía entonces de más tiempo para tratar de descansar. Sentía la caricia de las sábanas sobre sus piernas, el calor de su cuerpo resguardado en el lecho…

≈

El mar, ahora lo veía. Permanecía en reposo, liso como la misma arena, oscuro y con aspecto denso y consistente, plateado, tal si fuera petróleo. Debía dirigir el sueño, detener aquel avance, no pretender nada pues todo aquello que pensaba le era confirmado. Tenía que esperar lo inesperado, aguardar a que aquel mundo de imágenes y palabras confundidas le desvelara su orden. Una ráfaga de viento descendió de las montañas y, a sus faldas, empezó a levantar una fenomenal tormenta de arena. Laura veía ante sí una nube densa y colosal que se aproximaba hacia ella, la envolvería y la asfixiaría. Se tiró al suelo para protegerse, todavía con el faro en la mano y a poco millones de partículas comenzaron a arañar todas las partes de su cuerpo. Sabía que el viento cesaría ¿pero cuándo? El paso de la nube la dejó semienterrada. Durante un tiempo temió que aquella playa fuera su fosa. El mar se alzó en una ola

perfectamente curvada, amenazante. Ocultó la luna como un gigantesco telón y ya Laura sólo pudo distinguir su pálido reflejo a través de aquellas aguas infernales.

IV

— Soy Julia. — Laura hubiera deseado tener ante sí el rostro de su amiga en aquellos momentos, no obstante sólo podía limitarse a enredar, impotente, su índice en el hilo del teléfono. Julia se preocupaba por el estado de Laura, quien tuvo que abandonar el concierto aquella noche. — Estoy bien, de veras. Creo que bebí demasiado. — Bajo la aparente naturalidad de la conversación, algunas piezas no terminaban de encajar. El tono de ambas era distinto, los silencios del todo inusuales… y el teléfono ayudaba a perder en el camino una valiosa y nada despreciable información. Julia debía sospechar lo ocurrido y deseaba que su amiga le confirmase sus sospechas, o acaso que la engañase. Y lo cierto es que Laura no quería hacer ni una cosa ni otra.

Desde la ventana de la cocina certificó que el día se presentaba nublado, otra vez. Hoy no acudiría a su refugio en la orilla, lo había decidido antes incluso de que el teléfono comenzara a repicar.

Un gorrión se posó en el césped del pequeño jardín. Laura observó impasible las plumas claras del vientre del animal así como sus plegadas alas marrones que acababan rematadas en tonos oscuros. Con el pico, el pájaro removía la hierba en busca de alguna lombriz dispuesta a servirle de desayuno. El gusano no tardó en aparecer y otro gorrión se apresuró entonces a situarse al lado del pájaro cazador ante la expectativa de una pitanza sin esfuerzo. La lombriz escapó del pico contorsionándose y las dos aves se enzarzaron en una breve disputa resuelta a favor de la primera que dio con el gusano. Describió ésta un vuelo raso perseguida por el aprovechado compañero hasta llegar al otro lado del jardín, donde engulló, sin más molestias, su matinal festín.

Julia era incapaz de culpar a Laura, aun habiendo atribuciones más que suficientes, simplemente no podía. Pero algo profundo se había

desgarrado en su interior. Lo sentía y lo sabía; aquella honda herida iba a condicionar a partir de entonces su amistad.

≈

— No te entienden Laura — había cierto deje de ironía en la voz de Joan — no juzgues pues nada comprenderás, confórmate con vivir y, si no es suficiente, prueba a amar o a morir. —
Laura vigilaba el escenario. Aquella ubicación era sensiblemente peor que la de otras noches. Lamentaba que desde allí no fuera a escuchar la música con mayor intensidad. El saxofonista negro era el único músico que permanecía sentado en su silla, obedeciendo a su ritual iniciático, absorto por completo.

— ¿Quiénes somos para pronunciarnos sobre nada?, ¿qué podemos dar por seguro si todo parece condenado a desaparecer?, ¿hay una verdad que no nos traicione?, ¿merece la pena luchar por el mero hecho de luchar? —
Santiago se encaramó al escenario y anduvo alrededor de la tarima siguiendo los cables de los micrófonos.

— Ahora es presente y el presente es eterno. Yo sólo habito el presente, desconozco cualquier otro tiempo, no hay nada que pueda afirmar con tan plena convicción. El día que el presente acabe, concluiré yo con él pero eso no ocurrirá nunca porque no puede ocurrir. Siempre habrá un presente y es inseparable de mí. Sin mí no hay presente ni absolutamente nada. Yo soy existente y convivo con lo igualmente existente; la nada, lo inexistente, en su radical, es una mera enunciación. Yo, existente, necesito un referente, *algo* al fin, para tratar de trampear con algo inapelable. —
Daniel y el baterista se dirigían al escenario, dialogando. El baterista permanecía sumido en una ruidosa y acalorada perorata mientras que Daniel sólo tenía puesta la mirada sobre las teclas del piano. — No te creo — dijo Laura, con cierta sorna.

— Porque te han enseñado a creer en aquello que puedes sentir; sientes dolor, miedo, placer… y entonces crees que vives. Has aprendido a desprenderte de eso que vagamente llaman *fundamental* y cuando empiezas a dudar que vives, pues te vuelves insensible, te preocupas por encontrar algo elevado que justifique tu vida. Y no hay justificación justa ni injusta. Hemos extraído ya de estas palabras todo el jugo de todas las palabras que pudieran derivarse de ellas. Así es como escribimos, a renglón seguido y lo cierto es que no pensamos del mismo modo. El

pensamiento es la adaptación de una función al perpetuo cambio. Si no lo fuera, si nuestro pensamiento avanzase según una regla de la dicción o la contradicción al igual que la palabra pensada, si hubiera una constante intelectual inmutable, fiel a nuestra creencia y a nuestra consideración por siempre, estaríamos estancados sin poder completar una frase desde hace mucho tiempo. No somos seres racionales, somos seres y, si acaso, racionales. Somos, simplemente, y no en virtud de decir que somos o por creer la ilusión que pensamos. — ¿Es esa la verdad? — preguntó Laura. — No hay verdad sino verdades, esto es, soluciones a problemas y planteamientos dialécticos. La verdad es un valor más o menos justificado, no pienses como lo enunciado, afirma sólo aquello que jamás podrás enunciar. —

El baterista desprendió un alarde de artificio que capturó la atención de la sala al completo, cosa bien difícil. Laura encontró cierta similitud en aquel gesto y las palabras de su amigo Joan. *Les agrada el ruido.*

≈

La tarde caía sentenciosa encima de los acantilados que bordeaban la playa. Hojas de pinos desperdigadas en los suelos como si fueran las agujas revueltas de un cajón de sastre. Áridos y ariscos riscos, recortados por el seco salitre y las algas muertas, esparcidas montañas de desperdicios.

Laura paseaba entre los despeñaderos en busca de su morada. Allí reconoció la silueta del músico, con el inmenso mar de fondo, con el sol derrotado. Daniel escrutaba el horizonte, mecíanse sus cabellos dorados, como si dirigiéndose a la lejanía y exponiéndose a la brisa marina pudiera extraer del espacio la música más perfecta.

Laura no se atrevía a llamar la atención de la figura, por miedo a que Daniel se volviera y entonces se desvaneciese toda aquella armonía, pero hubo de hacerlo. Daniel se giró sin quebrar la alianza del ambiente, es más, hacía participar a Laura en aquel admirable cuadro. Era como si los elementos les acompañasen, como si ellos mismos se tornaran elementos naturales. — Buenas tardes Laura. — Laura se sentó a contemplar las aguas al lado de Daniel. Sabía que se tomaba demasiada confianza pero estaba resuelta a no andarse con excesiva cautela. — Parece que el mar por fin hoy está tranquilo. — *Lo está*, juzgó Daniel, medio absorto — no creía que fueras a venir. — Era seguro que nos volviésemos a ver, lo dije. — *Era seguro, sólo por decirlo.* Los dos quedaron en silencio un buen rato, abstraídos ante la escena. — Es bello — expresaba Daniel — todos los días se pone el sol y pocas veces asistimos a su espectáculo. — La naturaleza, sí, es un arte secreto, actúa para sí misma. — Nos ocupamos — aventuró Laura — nuestro pensamiento siempre está sujeto a la vida.

Por mucho que meditemos jamás creeremos, aunque lo sepamos, que un simple astro es mucho más antiguo que todo cuanto creemos conocer. —
El último resquicio de la esfera solar desaparecía detrás del mar, novelando con sus últimos rayos el entorno que ahora se antojaba tétrico sin el amparo de la estrella. — ¿Aceptarías la invitación de tomar algo en algún lugar? — Laura dejó verse ligeramente sorprendida — no sé dónde queda *algún lugar* pero, de cualquier forma, acepto la invitación. —

≈

Se internaron en una cafetería cercana. Algunas pocas mesas exteriores y vacías se agrupaban para darse cobijo. Dentro del local el dueño miraba abúlico la televisión mientras comparaba con algún tertuliano aquel invierno con otros. En aquella localidad, en invierno, cada vez quedaba menos gente.

En la mesa de Daniel y Laura ninguno se atrevía a describir fielmente su avatar. Laura no podía evitar el recuerdo, Daniel el olvido. La chica tenía la sensación de haber escuchado a Daniel tocar en los últimos conciertos pero no estaba del todo segura. Lo adivinaría de todos modos.
Para Laura el amor constituía un juego de identidades, un encuentro con el otro. El otro resulta ser precisamente el catalizador del *yo*. Sólo a través del otro puede el *yo* acaso entenderse un poco pues uno mismo, aislado de todo lo demás, representa una sombra intraspasable.

— Tú sabes cómo me llamo pero no me has dicho tu nombre — Daniel no quería recordarlo. — Me llaman, dejémoslo así — atajó, como si pronunciar su nombre fuera a recordarle esa persona que no quería reconocer, de la que pretendía huir.

Se mantuvieron conversando hasta que Laura empezó a tiritar. Abandonaron la terraza y Daniel sintió la obligación de demorar aquel encuentro, o de provocar la promesa de otro… aún no sabía demasiado sobre aquella mujer y por eso la imaginaba tal y como su corazón deseaba que fuera. Decidió al fin, fatalista, que el destino decidiera. Era evidente que se volverían a encontrar.

≈

Daniel podría ser un alma errante y Laura una piedra angular. Las leyes de la música tienen poco que ver con las del mundo. Para Daniel, la música significaba el orden de lo inaprensible y el mundo, una serie de causas y

efectos donde la luz del presente no dejaba lugar a ningún misterio. Pero el mundo, fuera del presente, tampoco resultaba comprensible.
Daniel, en su música, era arrastrado por una fuerza misteriosa e impulsiva. Laura se encontraba sin vida, sin rumbo. En ambos había cierta predisposición a indagar en la naturaleza humana, en las contradicciones íntimas, en los caprichosos vaivenes del espíritu. Laura encarnaba recuerdo y nostalgia, un náufrago de una evocación altamente vivida que quisiera renunciar a toda lucha teniendo como certeza que nunca volvería a alcanzar una verdadera pasión, una verdadera vida. Daniel, de otro margen, desconsideraba el pasado, afirmaba el presente, pero en realidad rechazaba todo tiempo; a través de formas únicas e irrepetibles, consagradas a sí mismas, no podría haber ningún lugar para la sucesión.

Ambos se encontraban presos. Laura no podía evitar contrastar todo a la luz de un pasado distante, considerando aquél como única razón fiable. Su presente era una continua evocación y, por tanto, una contradicción respecto a la actualidad. Existía en otro tiempo o, más bien, existió. Mientras, Daniel rechazaba toda razón, toda certeza… se evadía de su tiempo mediante analgésicos y drogas, mediante música y varias renuncias. Si la lucha de Laura era un movimiento hacia lo irrecuperable en busca de aquello que creyó ser, el debate de Daniel implicaba una tendencia de fuga respecto a toda identidad.
Laura describía círculos en torno a un objeto inalcanzable; partía de un hecho, de una forma remota a la que sólo mediante la nostalgia tenía acceso, alejándose de ella conforme avanzaba el olvido, siendo el devenir de Laura parecido a la espiral que refería el ascenso de las escaleras de caracol que llevaban hasta su alcoba. De otro margen, Daniel trataba de alejarse de sí mismo y para ello emprendía muchas direcciones descoordinadas, de atracción y repulsión en un intento vano de eliminar todo seguimiento, alcanzando el vacío.

Inmersos en la vida acababan convirtiéndose en sombras.

≈

Música invisible, lamentos, notas en el aire, vida y esperanza, dolor y agonía, compases que se alzan majestuosos. El escenario es grande, oscuro y frío, como la existencia misma. El sonido del negro piano de cola emerge de su pesado costillar y se apura en ocupar todo el espacio. Las duras paredes de hormigón armado del escenario vacío repiten con sus tímidos ecos las fantasías del instrumento, la olvidada melodía del piano.

Escribía Laura una frase, la leía una y otra vez, la recitaba. Iba enumerando sílabas, desesperándose cuando le sobraban o faltaban, sorprendida cuando encajaban. Las leyes del verso se cumplían entonces pero sólo se trataba de edificaciones vacías por muy bien que estuvieran construidas.
Un innumerable montón de cuartillas iban siendo tachonadas, emborronadas, arrugadas, arrojadas al suelo. Tenía ideas en mente, las imágenes claras, pero éstas se resistían a ser apresadas. Siempre concluía afirmando algo diferente de lo que quería afirmar, siempre la palabra resultaba ser una cosa distinta. No tenía otro remedio que servirse del engaño y de la falsificación, de la visión retórica del mundo y de la reducción de éste a un puñado de signos indescifrables incluso para ella misma. Siempre había entendido el acto de escribir como una cuestión nada ambiciosa, ligada a la cotidianidad, un acompañamiento a su vida, una forma íntima de apresar motivos personales. En cambio últimamente, cada vez con mayor frecuencia, se encontraba inesperadamente con lo que no podía nombrar. Había de inventarse palabras o añadir sentido a las que conocía. Palabras sobre palabras, al final éstas perdían el contacto con la realidad.

Enuncias palabras redundadas, Laura, te internas en el gran enigma a través de sucesivos engaños y divertidos juegos de espejos. Encuentras una razón para vivir y esa razón es ajena a tu voluntad, libre y siempre cambiante con arbitrariedad y capricho; simplemente una situación formada a partir de factores casuales a los cuales tratas de encontrar la dirección de un destino, un mensaje oculto. Consideras el amor como único sueño capaz de ser cumplido y consideras que tu amor es demasiado profundo como para hacerlo real, vuelcas tus anhelos sobre una idealización inasible… que te destruye según aumenta la desproporción entre amante y amado. Piensas que no estás a la altura de tu pasión secreta, que *El otro* (yo) es un sueño porque sencillamente crees que representa algo más de lo que podrías jamás llegar a desear. Dudas entre identificar lo real como imaginado, ya que muchas veces se confirman estas dos realidades, incluso cuando esta relación es del todo imprevista. Y, si es inopinada, entonces lo real te sobrepasa, se desvela desvelándote un universo que había permanecido subrepticio para ti hasta entonces y sólo podías explorar con el pensamiento e intuyes que, también en lo real, donde no todo está sujeto a ti, así será siempre por mucho que nades entre las sombras. Entras en la obsesión a través de la vía del desconocimiento; observas lo oculto y te fascinas. Miras esa masa de gente confundida, la agrupación de desconocidos envueltos en el tedio y en el ajetreo cotidiano. Sabes que no puedes enamorarte de alguien; que puedes hacerlo, pero ese es un amor hacia lo desconocido, un amor lejano

del verdadero amor… porque el mundo es un teatro y no ignoras que sus actores están mascarados, donde todos tienen la voz de todos, donde unos tienen la voz de todos y ninguno habla por sí mismo ni consigo mismo. Nadie pertenece ya a ningún lugar sino que es un apátrida, un fugitivo.
Necesitas el amor para olvidar quién eres, para imaginar quién eres, para mentir quién eres. Buscas el amor, otra identidad, para huir de tu propia identidad. Necesitas completar tu ser inacabadado, imperfecto, frustrado. Reconoces la mentira, sientes la necesidad, miras a todas esas parejas felices contemplándose y amándose hasta la enfermedad y obtienes el alivio de que el hombre no está echado tan a perder al fin y al cabo, que todavía hay una esperanza y esa esperanza, piensas, es el amor, el amor, con todos sus caracteres minúsculos. Consideras que el amor rebasa las empobrecidas fronteras del ser individual, que nos enseña a mirar a los demás por encima de uno mismo, a compartir sus sentimientos y emociones, a respetar, a gozar, a vivir.

Deseas verle, sueñas con acariciarle, necesitas cuestionar y participar de esa extraña corriente de vuestra presencia unida y solitaria; ansías transmitirle todas tus preocupaciones y desvelos, quieres escuchar sus propósitos. Escribes poesía, buscas refugio y amparo, palabras de consuelo, de esperanza, palabras al fin sinceras, puras, soñadas. Encuentras muy sencillo el acto de amar y el mundo muy mal pensado. Concibes que el amor o el mundo se traicionan mutuamente y que esta traición es inadmisible porque impone una frontera entre quienes aman y consideran el amor por encima del mundo y entre el mundo, siempre insensible, caótico y hostil.

≈

Las casas habían corrido sus visillos y la bruma formaba nimbos alrededor de las luces de las farolas. La zona del pueblo era irregular y plagada de calles estrechas. Algún gato asomaba por una esquina.
A Daniel le parecieron que sus pisadas en el adoquinado constituían el ritmo principal de aquel coro nocturno. Su acompañamiento: el aullido helado y el tráfico lejano. Aquella figura surcaba el desánimo, su aliento en forma de vapor se desvanecía entre toda la humedad. El destello de una alambrada vestía un parque abandonado.
Arribó hasta un edificio envuelto en la maleza y las facciones de Daniel fueron de pronto descubiertas. Cruzó entre vallas con sendos indicadores intermitentes. Obras en la calle. Todo el hormigón estaba destripado y las máquinas de construcción dormidas.

Lamentó no poder contemplar despreocupadamente todas aquellas estaciones en su camino pues no sólo tenía un destino, sino una hora a la que llegar. Una hora que ya había transcurrido; a aquella hora el resto de los músicos habría empezado a tocar. Sentía temor por perder su trabajo aunque sabía que eso no ocurriría porque aquella noche no la pasara sentado delante del piano. Sin embargo, la obligación le exigía y aún albergaba una extraña sensación, como si lejos de la música estuviera perdiéndose algo, como si los demás, a sus espaldas, estuvieran descubriendo un secreto que él, en su distancia, jamás llegaría a revelar. ¿Qué tocarían aquella noche? Siempre las mismas canciones pero, sobre ellas, infinitas variaciones de las que él no tendría noticia.

Envidiaba a sus colegas de profesión en la misma medida que los detestaba y en ellos encontraba una relación estrecha entre su forma de vivir y de tocar. Envidiaba, sobre todos, a aquel negro ¡él sí que hacía verdadera música! Daniel había intentado perseguir al saxofón en sus raros caprichos y variaciones pareciéndole, de alguna forma, que el músico le invitaba, que le señalaba una ruta llevándole a contemplar un pasaje extraordinario. Pero el negro al final siempre se reía de él y le despistaba con señas falsas. Daniel reconocía en él una predisposición innata para la música de la cual él no era dueño. Se traducía en una habilidad concreta, en un saber simple de mostrar pero difícil de albergar para dejar caer las notas siempre en un lugar exacto y preciso, en el lugar que la imaginación adivinaba y admitía pero, al mismo tiempo, que jamás hubiera logrado intuir si no hubiera hablado, al unísono, la voz del instrumento. Quizá aquella diferencia fuera no sólo personal, sino cultural; Daniel, por designio, era hijo de aquella fría Europa envuelta en su fatua religiosidad y pesimismo, aquella tierra que consideraba la música un arte. ¿Y Santiago? Santiago no era un gran músico pero desempeñaba bien su oficio. No exigía nada, ni a las personas, ni a la vida, ni a la música. Era un conformista feliz en su conformidad que desembalaba el contrabajo lo mismo que abría un periódico por cualquier página al azar o se acodaba despreocupadamente en la barra del bar para comentar algo sobre las *señoritas*.

Daniel encontraba sencillo entender la actitud y la música de éste a diferencia de las enigmáticas notas del saxofón mas, si bien comprendía a Santiago, le parecía insólito que fuera dichoso viviendo así. El negro tenía algo de genio, de nigromante y de mago, no había, en efecto, motivo que no pudiera expresar y Daniel suponía que con aquel talento a su disposición habría de tener todo cuanto le bastase. ¡Y es que no había nada que no pudiera alcanzar sin ninguna necesidad de ensayo! Así, el joven baterista, pese a lo ingenuo que le pareciese, resultaba el músico con el que más fácilmente pudiera identificarse Daniel. Sin embargo en él

había un arrojo, una voluntad que no era común en el pianista. Cierto es que a veces esta voluntad le volvía estridente y le hacía equivocarse en su entusiasmo ¿y qué, al fin? No cesaba de aprender y, seguro estaba Daniel, con el tiempo llegaría a ser un gran profesional.

Hacía tiempo que Daniel se sentía ajeno a cualquier progreso o avance. Todo lo que tocaba le parecía parte de una historia siempre breve e insustancial. Había alcanzado una incómoda altura desde la cual unos días lo veía todo con claridad y otros no veía absolutamente nada. Amaba su soledad miserable pero ésta no le alcanzaba para enorgullecerse. Su ánimo siempre añoraba aquello que no poseía en el momento, y esto lo sumergía en un estado de declive. Había una fuerza contraria, cierta rebeldía, pero al final aceptaba la conveniencia y entonces se derrumbaba propulsado por las fuerzas de la costumbre. Por ello, al mismo tiempo que se angustiaba en su irreverente tardanza, se sentía sobrecogido pues rompía con las leyes de la rutina y alcanzaba una nueva experiencia en su soledad. ¿Podría mantenerse indefinidamente en este estado? O se entregaba a los demás o se entregaba del todo a sí mismo, a su soledad hermética; o aceptaba el destino marcado o trataba de buscar un nuevo destino. Sabía que en ambos casos este destino podría ser trágico y sabía también que huyendo de la decisión no conseguía salvarse pues ésta, al cabo, estaba consumiendo su vida.

≈

No existe la vida en las ciudades; las ciudades no tienen vida. Sólo existe el caos y la confusión bajo apariencias estables. Sólo hay odio, rencor e hipocresía en sus calles innumerables y entrecruzadas, laberínticas. Sólo un avance en un sinfín de direcciones, oscuros pasadizos debajo del asfalto. Sólo vacío en espacios desproporcionados…

Daniel descendió por aquellas estrechas escaleras y llegó hasta la sala. Los músicos, tal y como supuso, tocaban en medio de la penumbra. La voz del saxofón le pareció maravillosa. Describía un ritmo frenético y difícil, tanto, que tenía que detenerse para dejar avanzar a los otros instrumentos, los cuales se limitaban a marcar constantes. No se consideró digno de tocar aquella noche ni digno de tocar junto al negro, de modo que se refugió en la barra, aguardando el descanso de la banda y poder incorporarse a principios de un acto.

Una mujer se puso a su lado, quizá llevara algún tiempo allí antes de que Daniel lo advirtiera.

V

— ¿Y tú?, ¿no tocas esta noche? — Laura lucía un oscuro vestido de una sola pieza, ajustado y ceñido, que marcaba las suaves líneas de su cuerpo.
— He llegado tarde — Daniel tardó en justificarse y no sabía si lo había hecho bien o mal. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Estaba confuso y manifiestamente sorprendido ante el interrogante. — ¿Vienes a sentarte? — Laura avanzó hacia una mesa sin desprenderse de una arrebatadora sonrisa.
— ¿Sueles venir aquí sola? Quiero decir… ¿has estado aquí otras veces? — Daniel dudaba entre tomar asiento o permanecer de pie, estupefacto ante la posibilidad de que Laura le hubiera escuchado en más de una ocasión sin que él lo hubiera imaginado. — Últimamente me suele acompañar un amigo, Joan, vendrá ahora. —
A Daniel le parecía haber descubierto más sobre Laura en aquel breve lapso que hablando con ella toda una tarde. Primero estaba su cambio de imagen, resultaba sorprendente cómo aspectos de su belleza los había pasado por alto cuando casi, en otras ocasiones, se había cansado de admirarla. Después, otra vez, Laura conocía mejor que él los lugares que él creía descubrir e incluso él mismo había sido observado. Por último estaba Joan. Aquella mujer no le pertenecía y sin embargo había empezado a odiar en secreto a Joan. ¿Cuántos amigos más tendría Laura? Le costaba imaginársela rodeada de gente cuando el músico sólo la había visto a solas. Le costaba admitir que Laura había de tener una vida, un pasado… una infinidad de circunstancias concretas fuera de aquella playa, donde la irrealidad parecía inundarlo todo.

— ¿Qué tal se contempla el teatro desde esta posición? — Daniel se sentó, miró la sala y, efectivamente, le parecía insólito encontrarse ahí, en medio del gentío, como si él en realidad estuviera tocando descuidadamente en el escenario y un doble suyo se hubiera sentado en aquella mesa. Figuró que desde allí todo se tornaba falso y absurdo pero, es claro, no lo expresó. — Debe ser apasionante la vida de un músico —

comentó Laura. — Tanto como la de cualquiera. Al final se resume en un horrible trasiego ¿en qué trabajas tú? — Nada que ver, soy contable, trabajo en una gestoría. De vez en cuando escribo y asisto a conciertos como éste —. Daniel no daba crédito — no lo hubiera adivinado jamás. Tu ocupación, digo. — La sonrisa de Laura, a los ojos de Daniel, volvió a destacarse sobre el resto del mundo — ¿Por qué?, ¿demasiado estable o serio, quizás? — No, qué va, bueno, no sé… ni siquiera alcanzo a imaginar para qué sirve una gestoría — Yo tampoco. Y no es algo serio, no, tendría que haber dicho algo distinto. — ¿Distinto a qué? — Distinto a serio. Otra cosa, vamos.

— Valla, así que te dejo sola un par de minutos y ya tienes acompañante — Joan se sentó ágilmente, derrochando energías. Laura dio paso a las presentaciones: — Él es Joan; Joan, te presento a… bueno, no sé como se llama, pero sé que es pianista — ¿Músico, no? — Al menos, mientras toco — Joan pasó por alto la potencial hostilidad de Daniel — Llevamos ya unas cuantas noches escuchándoos, sois geniales —. Daniel agradeció el cumplido de Joan y no tardó en sentirse incómodo. — Vuestra música es excelente ¿son vuestras las piezas? — No, de ninguna manera, son viejos temas de jazz. Nosotros sólo los cambiamos un poco cuando nos aburren. — Joan apuró su cerveza y abrazó a Laura — ¿Ves? te lo dije. Algunos los había reconocido, otros no —. A Daniel le pareció una suerte que el resto de los músicos hubieran interrumpido su actuación. — El deber me llama — se disculpó. — ¿Volveremos a vernos? — preguntó Laura, en una contraseña. — No lo sé seguro — y Daniel abandonó la mesa inmerso en confusas emociones.

≈

— Creo que los músicos seríamos mejores si no respirásemos — la sonrisa, en el negro, se acentuaba de modo enérgico. — No sé entonces cómo podrías tocar el saxofón — arguyó Santiago enfurruñado, para quien toda conversación que no girase en torno a las *señoritas* y que, en suma, se planteara extravagante, ofrecía poco o ningún interés. — Quiere decir que muertos no haríamos ruido — explicó Daniel — o que, estando vivos, tenemos, inevitablemente, que traicionar el noble espíritu de la música. — ¿Y tú dónde te habías metido? — preguntó Santiago. — Estaba oyéndoos tocar, oyéndoos porque, desde abajo, no se os escucha. — Está borracho — certificó el baterista. — Ni borracho diría tantas palabras seguidas — consideró Santiago. — Hoy me gustaría improvisar — propuso Daniel. — ¿Es que no lo hacemos? — preguntó el baterista. — Precisamente por eso, sólo improvisamos. Subimos ahí arriba y montamos nuestro espectáculo con el apuntador a nuestros pies; cuando

nos perdemos nos ceñimos al guión y siempre concluimos de forma parecida. Trabajamos como funcionarios a sueldo, no hacemos sino cubrir nuestras horas y después nos marchamos, sin más — ¿Y qué quieres? — Santiago se desesperaba. — Nada más fácil, que toquemos — Sería un desastre — desconfió el baterista, pero en su mirada había un extraño brillo provocativo.
— Yo no tengo ningún problema en tocar — afirmó el negro — ¿tú que dices, Santiago? — Digo que ni pensarlo, ya recibí en mi tierra todos los tomatazos que me correspondían en vida, y aún sospecho que me llevé los que correspondían a otros — En tu tierra quizás pero aquí… ¿es que alguien va a notar diferencia? Míralos, esta gente no sabe distinguir lo que es música de lo que no lo es, se conforman con asistir y tratar de pasar un buen rato. — Yo estoy con vosotros — se unió el baterista, ante aquella aplastante argumentación. — Tres contra uno, Santiago, somos mayoría — Pues subid los tres. Ahora, si perdemos el contrato ya os aviso que vamos a tener más que palabras. — Simplemente es por demostrar que estamos vivos, correr el peligro de equivocarnos, esto es, respirar. — Santiago negó con la cabeza — estáis locos. —

Daniel se sentó al piano y ejercitó las manos. Primero los dedos, flexionándolos, haciendo crujir las articulaciones. Después las muñecas, en movimientos circulares y más tarde de arriba a bajo. Finalmente el cuello, llevando la cabeza atrás y hacia los lados.
Los demás ocuparon también sus puestos. Comenzó el baterista, joven y osado, marcando un ritmo moderado que Santiago siguió retocando los graves de una vieja canción. Daniel se presentó marcando un acorde, sugiriendo un cambio de armadura que Santiago, perezoso, tardó en identificar, imitando bajo esta regla las notas del contrabajista quien, indignado por la burla, tejió una nueva serie. Daniel la replicó al cabo y el baterista no pudo evitar reír. El negro negó con la cabeza, dando a entender que no iba a tocar bajo aquellas condiciones. Santiago, ya del todo irritado, se volvió sobre el instrumento en complicados y vistosos efectos que Daniel, en esta ocasión, no se atrevió a duplicar. Tomó, sin embargo, algunos detalles y fuera integrándolos en una melodía, aproximándose a Santiago quien, aunque posteriormente no lo reconociera, había empezado a disfrutar dado aquello no sonaba del todo mal.
Pero el negro se mostraba crítico y exigente y seguía negando con la cabeza. El baterista le increpó con algún corto redoble mas el negro se divertía paseando por el escenario, escrutando con sabia consideración la música y balanceando delicadamente su instrumento.

De repente, Santiago encontró un motivo intrigante, Daniel lo interpretó, atento, y entre los dos forzaron a cambiar el ritmo al baterista quien abandonó los tambores y se dirigió exclusivamente a los platos, dejando la música anclada por el bajo y, a la vez, suspensa en un extraño vuelo. El negro se decidió y nada más empezó a tocar, Daniel comprobó exactamente, con vértigo, cuán lejos quedaba aquel condenado del resto de los mortales.
El público mismo pareció advertirlo pues no hubo un silencio más largo que aquel en toda la noche. Santiago, nada más el negro se demoró unos minutos, abandonó la música extenuado, limitándose a replicar tímidamente. El baterista, por su parte, estaba encantado. Se sentía partícipe de la grandeza del negro y le seguía sin dificultad. Daniel, de otro lado, andaba haciendo equilibrios, aterrado, pues tan pronto acertaba, tan pronto estaba al borde de confundirse y escindirse del grupo, arrastrándolos a todos hacia la disonancia. Santiago y el baterista lo advirtieron, dirigiéndole miradas de aviso. No se permitió ningún arrojo ahora pues bastante trabajo tenía con tratar de mantenerse estable. Sintió picor en la nariz, *tiene razón el negro*, pensó, maldiciendo aquella incómoda molestia. *Mejor si no respiráramos*. El negro parecía que iba a levantar el vuelo; aquello sólo había sido, para colmo, un preámbulo. Así lo advirtieron algunas de sus nuevas complicadas formas. Con ello, bastó para que Daniel se olvidara del picor y pensara, extemporáneamente, en Laura, quien estaría escuchándoles en aquellos mismos instantes.

≈

Laura, a los ojos de Daniel, era bella e intrigante. ¿Acaso, estando a su lado, no sentía cierta tranquilidad?, ¿no cambiaba todo radicalmente en un juego de perspectivas? Aquel desorden, aquella incertidumbre, aquel desasosiego y la debilidad que inundaban la vida de Daniel, ante Laura ¿significaban algo?
Tocando para ella aquel curioso ensayo alcanzaba un nuevo sentido. ¿Qué sería de ellos al fin? Ahora se tenían, el destino confirmaba sus promesas de volver a encontrarse. Y era en verdad magnífico toparse inesperadamente en la playa. ¡Cuánto más grande que el azar dispusiese aquellos encuentros que si éstos fueran esperados!
Pero no podría alcanzarla, esto lo intuía como una verdad inquebrantable, como esas crudas realidades que se imponen a nosotros y alejan el sueño de una vez definitiva olvidando un amargo regusto de ingratitud y una triste mirada. Daniel evocó la imagen de Laura pues no la descubría entre las mesas y las masas ¿acaso se habría marchado? Oh, entonces él estaba allí tocando absurdamente y dirigiéndose hacia el vacío.

Daniel, claro, no lo sabía, pero continuaba haciendo música. Hacía tiempo que Santiago había renunciado y se había detenido por completo. Se apoyaba sobre el mástil del contrabajo y observaba admirado a sus compañeros, siguiendo de cerca sus evoluciones. El baterista, en cambio, no se rendía, pero llegó el momento en que se sintió sacudido por un tipo de incomprensión que fuera extendiéndose en él como un veneno. Mantuvo el ritmo e incluso se revolcó en algunos coletazos pero hubo de desistir pues, ante la verdad que iba describiendo la música, ya sólo representaba una farsa y sabía que no podría fingir durante mucho tiempo. Daniel y el negro se entretenían; dialogaban divertidos, y esbozaban algunos pasajes complicados. Insinuaron con ello la llegada de un momento, de un cambio, de un clímax, como si todos los espectadores hubiéramos sido citados por una dama misteriosa y hasta ahora sólo nos hubiéramos distraído departiendo con algunos de los invitados a la fiesta. En efecto, el negro era un tremendo inconformista y pronto empezó a tratar de distraer a Daniel con sus prestidigitaciones. Empezaba el juego acostumbrado. El negro se pronunciaba y Daniel replicaba. Primero motivos cortos, después, más largos y difíciles donde era complicado distinguir dónde empezaba y terminaba una frase. Daniel llegó a pensar que aquel diablo no respiraba, que se enredaba a capricho en una elocuencia ingeniosa donde, además, iba rescatando fragmentos de aquella música olvidada a la cual Daniel no tenía acceso.

Y de repente, el saxofón titubeó en el transcurso de aquella marcha. Fue sólo una fracción de segundo pero Daniel, acostumbrado a escucharle, pudo distinguirlo con claridad y eso le animó a describir un complicado y osado movimiento ¿lo lograría? La mano derecha de Daniel emprendió una vertiginosa ascensión hasta detenerse en una de las últimas octavas; había de ser prudente, aunar un montón de sentidos cuyo desenlace intuía pero dudaba de él. Bajó demorándose para concluir de forma coherente, aliviado y sorprendido de sí. Ante ello, el negro volvió a titubear, esta vez, de forma más notoria aunque igualmente leve. Daniel sonrió pero el negro no estaba vencido. Se incorporó de manera genial, corrigiéndose y reivindicándose y Daniel, herido en su orgullo, lamentó sinceramente no poder aplaudirlo.
Sin embargo el negro había quedado exhausto, respiraba, y, dando a entender que podría demorarse infinitamente, sugirió concluir en tablas, ofreciendo frases tajantes y sencillas. Santiago y el baterista, casi a la vez, lo entendieron y se incorporaron a la llamada de su compañero; la banda al completo compuso un discreto pero emotivo final.

Daniel recordó entonces el picor de nariz y se frotó ésta con la manga de la camisa, satisfecho. El aplauso fue igual a tantos mas hacía tiempo que

los músicos no prestaban ninguna atención al gesto. *Nosotros les ofrecemos nuevas notas y ellos siempre el mismo ruido.* El negro cruzó con Daniel una mirada de complicidad, cierto respeto publicaba la mirada del mago. — Ya te descubriré, viejo perro — le avisó Daniel, vanidoso — no pienses que siempre vas a poder escapar.
— Procura hacer menos ruido — aconsejó el negro — quizás lo que tocas suene bien, pero quizás no sea música. — ¿Tocamos otra? — preguntó el baterista, siempre ávido de nuevas experiencias. — Creo que por hoy es más que suficiente — claudicó Santiago. Y tras la pausa retomaron las piezas de costumbre.

≈

Permanecían abrazados en la playa. Aguardaban, besándose de vez en cuando, el nacimiento del sol levante sobre el mar. Le hubiera gustado que ni el tiempo ni el espacio existiesen, que Laura y él constituyeran el universo entero, un universo perfecto y puro. El único posible y el único deseable. Tan bello e intenso que no hiciera falta la existencia de palabras para describirlo.

Pero todo, una vez más, era poco más que un sueño.

≈

— Preguntarás por Laura, imagino —. Si Daniel se encontrara menos borracho seguro era que se hubiese irritado. Se hubiera enzarzado con Joan en una pelea. Había un extraño brillo en la mirada de este último — Salgamos, hablemos de esto fuera —. Daniel tropezó, aquella puerta de metal era muy pesada. Nada más aspiró el aire frío de la noche vomitó.
— ¿Una náusea, verdad? Te damos asco ¿no? Siempre nos has detestado, no puedes evitarlo — Joan le tendió un pañuelo con el que el músico se limpió la boca. Acto seguido, se derrumbó sobre uno de los escalones.
— ¿Recuerdas cuando tocabas aquí y aún podías mantenerte en pie? Tú y el negro erais magníficos. También tú y Laura pero no sé por qué hay personas con una extraña predisposición abismal. Ahora sólo sois sombras. Estáis muertos.

Daniel permanecía mudo, absorto, con la mirada perdida en el vacío. El rótulo parpadeante del local le descubría, en cada instantánea, un gesto más abatido. Sentía un miedo visceral. Le pareció posible que, tal y como Joan afirmara, estuviera muerto. Joan le agarró del pelo y le clavó la vista — apestas —.

≈

— Creo en la música — aun sentado, el negro mantenía su cuerpo erguido, sin señas de cansancio — en esta mierda de vida es en lo único en lo que se puede creer —.
El local quedaba completamente vacío, sólo la banda apuraba sus últimos tragos ocupando las desarregladas mesas cercanas al escenario. Daniel, desde el piano, asentía.

— Sois unos soñadores — Santiago había discutido toda la noche, era inflexible como el tronco de un viejo roble — es imposible creer en la música. Mi vida es una porquería gracias a ella. Cuando era joven, más o menos la edad del chico — Santiago señaló al baterista — creí que era la única forma de vivir sólo porque mi padre así me lo enseñó.
El viejo era un imbécil pero tenía todo mi respeto ¿qué sabía yo entonces? Este trasto — se refirió ahora al contrabajo — era una maldición para un niño. Me costaba una barbaridad llegar a las cuerdas, siempre pulsaba un milímetro más o menos de la nota que quería dar y cuando llevaba mucho tiempo peleándome llegaban hasta sangrarme los dedos. El viejo me hacía sangrar, estaba siempre detrás de mí, oyéndome y detestándome. "Jamás llegarás a ser nadie" me decía. Él me arrebataba el contrabajo con su manaza y obraba milagros "¿ves, imbécil, por qué te complicas?" me decía. No sólo yo, todo el mundo le admiraba. Los entendidos aseguraban que cuando él muriera nadie podría escuchar aquel instrumento bien tocado. Era terriblemente paciente y meticuloso hasta en el más mínimo detalle, estaba cargado de raras manías y absurdas supersticiones. Gran parte de la culpa la tenía la bruja de mi abuela que sólo vivía para rezar a los santos y para protegerle como si fuera un bebé a sus cuarenta años. Todos lo tenían por un tío muy macho pero bastó un catarro para matarle. Con todo aquello que decían los entendidos y con lo que decía él no sé cómo no me dejaron en paz. Yo jamás llegaría a tocar bien pero tendría que cargar con este trasto hasta el final de mis días, quisiera o no. ¿La música? La miseria. El viejo era un genio, le invitaban a beber en todos los sitios y él siempre rechazaba las invitaciones, aumentando con ello su leyenda de santurrón. No bebía por su salud, que jamás miró por alguien si no fuera por sí mismo, de beber un solo sorbo quedaba postrado cinco días en cama, con todo lo macho que decían que era. Para que os hagáis una idea, lloriqueaba mucho aunque siempre pretextaba que era no sé qué enfermedad… lo que le ocurría es que temía a la muerte como nadie y pensaba de alguna forma que si yo tocaba algún día como él se aseguraba la eternidad.
Yo no nací genio pero eso tampoco me libró de la misma miseria. Cuando muera, tendrán que desclavar las maderas de este viejo instrumento para

hacerme una caja. La música sólo está bien para sentarse a escucharla con una copa de coñac entre las manos, solo o en buena compañía. Tened seguro que cuando ahorre lo suficiente voy a empeñar el único legado que me dejó el viejo, a parte de la miseria, este trasto condenado y me retiraré por la puerta chica a mi modesta patria donde respiraré la brisa marina bajo los cocoteros. Entonces ya las *señoritas* ni me mirarán para insultarme pero viviré como siempre he querido vivir —.

≈

Daniel arrojó una botella de bourbon dentro de la maleta. Nunca llevaba demasiado equipaje consigo. Pese a ello, siempre olvidaba algo. Pudo alcanzar, desde la ventana, un trozo de mar oscuro y revuelto. A la distancia del hotel no era más que una mancha pero sabía de lo absoluto de su inmensidad.
Cuando el alumbrado público se encendió abandonó la habitación, con la maleta colgando y el abrigo puesto. Cruzó el pueblo, bien entrada la noche. Algún gato le dirigió la vista. A la altura de una fuente se detuvo y abrió la maleta. Colgó una camisa en uno de los caños y rebuscó hasta que encontró la botella. Luego se sentó en el borde de la fuente hasta que su espalda, debido al frío y a la humedad, empezó a hostigarle más de lo habitual. Se incorporó, hurgó de nuevo en la maleta y encontró una caja de analgésicos. Después de tragar un par de comprimidos reunió todo lo que había quedado desperdigado y cerró la maleta.
En el caño de la fuente seguía colgada la camisa de Daniel, mojada una de sus mangas. El músico reparó en ella y se la puso encima del abrigo. Echó a correr calle arriba hasta que llegó a una plaza. Fatigado, se apoyó en una de las paredes y estuvo un buen rato sin parar de reír.

≈

— Yo nací tocando, compadre, y quiero morir igual — afirmó el negro — no tuve quien me pusiera un instrumento en la mano. Un músico ciego que me acogió desde chico me enseñó a jugar con su vieja trompeta con la que se ganaban limosnas. Aún la recuerdo, vieja y oxidada. Cuando reuní cierto caudal, compré uno de estos cacharros a plazos. Era de segunda mano y sonaba aún peor que la trompeta. Un amigo fue arreglándolo y afinándolo. Gracias al saxofón y a los amigos pude, poco a poco, establecerme como músico.
Los viejos tiempos… ¡eso sí que era música! Yo recuerdo a los grandes, recuerdo a tu padre, sí, aunque sólo le escuché tocar en una ocasión. Aún así lo tengo presente con su sombrero calado y sus manos huesudas como

si no hubiera pasado el tiempo. Viéndole allí nunca imaginé que aquello fuera a perderse algún día.
Los antiguos nos abandonaron junto con todo aquello que les ayudó a ser lo que eran, lo bueno y lo malo. Ya sólo quedamos unos pocos para contarlo y los pocos que quedamos nos estamos muriendo. ¿Qué sabemos nosotros de música y de miseria? Ni siquiera de miseria podríamos hablarles. Sólo por ellos, por la evocación de los antiguos, merece la pena luchar, aunque nosotros nos equivoquemos, al menos, mientras respiremos —.

≈

Uno de los balcones de la plaza corrió sus persianas con brusquedad, provocando ecos sordos en las paredes de los bajos edificios. Daniel detuvo sus delirantes carcajadas al punto, sobresaltado.
Permanecían, en algunos setos, flores que resistían a las inclemencias del tiempo. Daniel encontró una rosa escondida entre la maleza, la cortó con infinito cuidado.
Del resto del camino que recorrió hasta el local, no pudo conservar ningún recuerdo a causa del alcohol y los fármacos. Simplemente se vio plantado frente al portón de hierro, bajo la fosforescencia parpadeante de los neones. No tenía ningún sentido estar allí, con una maleta, una rosa y una botella, con una camisa puesta encima del abrigo. Resolvió marcharse.

≈

— Mi padre quería que fuera algo en la vida, todo menos un músico. — Mientras hablaba, el baterista mantenía la vista sobre el escenario. — Para él no existe ninguna diferencia entre un músico y un mendigo, entre un mendigo y un asesino. Él hubiera querido verme ahora llevando una vida de persona corriente, ya sabéis, la vida de uno de esos conformistas hechos con molde que acuden todos los días al banco y por ello se creen con derecho a sermonear sobre todo, simplemente porque pasan la vida con el culo pateado de despacho en despacho. Te echan su sermón sobre patadas en el culo y te conceden una patada antes de que se la puedas dar tú a ellos. "Así es como se aprende, chaval" te dicen "y si no te gustan las patadas vete a llorar y a escribir versos".
Mi madre logró convencerle para que me matricularan en una escuela de música. "¿Para esto me dan patadas en el culo?" debía preguntarse mi padre cada vez que le despertaba con los ensayos a las tantas. Finalmente abandoné la escuela; demasiado solfeo y armonía, a mí me llamaba el ritmo. Bach, Mozart, Vivaldi… son buena gente pero me cogían a

trasmano; me horrorizaba pensar que un día me presentaría con mi violín y mi traje de etiqueta a hacer reverencias a un auditorio distinguido —.

≈

El portón metálico cedió de improvisto, atajando la retirada de Daniel, para dar paso a un animado y nutrido grupo de personas. Entre ellos estaba Joan quien, sin que diera muestras de reparar en el grotesco aspecto del músico, le invitó a tomar algo en el interior. El resto del grupo no se atrevió a saludar al músico. Ya en la barra, algunos clientes no paraban de mirarle con curiosidad pero la presencia de Joan daba, en cierta forma, una explicación a aquel completo desarreglo.
Joan se enzarzaba en un monólogo sobre el jazz y discos de vinilo. Daniel bebía mecánicamente y no entendía nada. Todo le daba vueltas, todo era absurdo y demasiado, demasiado absurdo también; nada tenía sentido. Una camarera interrumpió a Joan y habló con él mientras ambos dirigían vistazos a Daniel. Este último lo vivía todo de forma onírica — será mejor que nos marchemos — articuló, con esfuerzo. — ¿Tan pronto? ¿No te apetece tocar algo? — preguntó Joan. — Ya no trabajo aquí — musitó Daniel, pero Joan ya lo sabía.

≈

— Deja de beber, niñato — le espetó Santiago — no te das cuenta de que pudiendo elegir has decidido ser un borracho. Harías bien en volver con tu padre. Esta vida no está hecha para niños ricos y respondones —. El joven baterista quiso alegar algo, pero, ante la severa mirada de Santiago, no se decidió. Se dirigió a Daniel inocentemente, en busca de una defensa. El pianista levantó la vista del teclado. — Lleva razón, chico, pudiendo elegir, y aún estás a tiempo, es una tontería. Parece broma pero el camino se presenta largo y sin ninguna esperanza —. El joven quedó paralizado. Agarró su chaqueta de modo impulsivo y abandonó el local sin mediar palabra.

≈

Por algún oscuro motivo Joan estaba disfrutando de aquella escena y no se cansaba de llevar a su acompañante de un lado para otro, exhibiendo su miseria. Daniel no era del todo consciente, no obstante trataba de evitar fraternizar con su *amable* compañero. En realidad los dos se encontraban actuando y sabían tanto de su propia representación como de la representación del otro. Una pareja pareció interesarse por el estado de

Daniel y no atender a las bromas de Joan. Este último presintió, con aquello, que la escena podría tomar un desenlace distinto al esperado.

≈

— Sois un par de imbéciles frustrados que la pagáis con el más débil — el negro abandonó su silla, de un salto — ¿Qué tenéis que decir a nadie? — preguntó a Daniel — el otro día escuché al chico tocando el piano y me pregunté por qué narices cargamos con un manco —. Daniel no se inmutó, siguió haciendo música — si tú no fueras negro tocarías igual que yo. — El chico está vivo, compadre, sabe más de lo que tú crees. En cambio tú sólo arrastras desidia hasta la música. Hace mucho que estás muerto y lo sabes mejor que yo. Te corroe la envidia desde hace tiempo, le tienes miedo, pero no, no es ni envidia ni miedo, es algo peor… no lo sé ni quiero adivinarlo, hiede todo cuanto procede de ti. Te das asco y te damos asco —. Ahora sí, los martillos del piano se detuvieron.
— En cuanto a ti, Santiago, mañana estarás telefoneando a un baterista y a un saxofonista porque el chico y yo nos vamos. No dejaré que venga mañana a pedirte clemencia como otras veces. Quédate soñando con tus cocoteros y con este chiflado. — Tenemos un contrato — la voz de Santiago, aunque alta, vacilaba levemente. — Yo te diré por dónde te lo puedes meter — Si es por el chico sabes que llevo razón, tú mismo lo has dicho miles de veces — No es por él ni por mí, es por la música — el negro buscó en su gabán un cigarrillo y lo prendió — algo antes de irme, nada más —. Santiago y Daniel le miraron. — No eres digno del nombre que llevas —.

≈

Cuando la pareja se hubo marchado, Joan se dirigió a Daniel en tono de confidencia, exhibiendo una sonrisa fría, carente de emoción — Preguntarás por Laura, imagino —.
Las escaleras ascendían hasta un mundo sin esperanza.

VI

No, un momento, detente. No quiero que escribas con letra firme, presurosa, con tus palabras, aquello que no te atreves a soñar. Me niego en rotundo a que encierres el mundo en nombres. Aún no acabas de haber despertado, de contemplar el infinito, de terminar de conocer a tu vieja compañera de viaje: la más absoluta ignorancia.

Nuestra realidad, una pesadilla de fríos sudores. La esperanza, un sueño. El amor, un engaño. La vida, un cruel enigma intraspasable. El silencio es nada y nada es nada.

¿Y si ahora en la sola palma de mi mano pudiera encerrar el ocaso de los anaranjados rayos del sol de la tarde, la inmensidad de océanos y mares, los caprichosos dados del azar?, ¿Y si pudiera, palabras sin sentido, mezclar los ingredientes del cosmos en mis manos, volver a empezar?

≈

— Ya no se escriben cartas — admitió Laura — pero tampoco creo que se ame ya a nadie. Siempre me ha hecho ilusión escribir a alguien, no sé, por la sola razón de escribirle. — Y de igual forma siempre has querido amar — completó Daniel — Lo he estado pensando… — Daniel echó un vistazo a la casa de Laura — no es que dude de ti, pero no creo que seas contable —. A lo que Laura rió — ¿Por qué no?, ¿qué se necesita hoy para ser alguien? — Buscaba las llaves en el bolso sin acertar a encontrarlas. — Bésame — suplicó, de súbito. — ¿No sería mejor escribirnos? — ¿Por qué no me besas, acaso no te gusto? — Claro que me gustas — ¿Tanto como para acostarte conmigo? — Tanto o más — ¿Y por qué no lo haces? — le miró a los ojos, retadora — no eres trigo limpio, se te ve en la cara. Los de vuestra especie sois una fuerza destructiva, aniquiladora. No os temo, tampoco os culpo —.

Daniel desvió la vista a un lado, indignado — no me conoces. — Te conozco mejor de lo que crees, mejor que tú mismo incluso. ¿Mírame tú a mí ahora, sabes quién soy, o mejor dicho, quién era? —. Daniel la miró sin mediar palabra. — No lo sabes, ¿cómo puedes quererme? —. Daniel sonrió, con tristeza — dices que me conoces e insinúas que no me comprendes, o que te engaño; sin embargo eso, al fin, no te importa. Lo único que te molesta es que te quiera y que tú seas incapaz de amar a alguien. No soportas mi libertad ni mi libertad de amar. — Alégrate, es lo único que posees — Laura desistió de proseguir con la búsqueda de las llaves y arrojó el bolso con violencia, lejos de ella.
Se llevó las manos a la cabeza y se sentó en el suelo. Su cara permaneció oculta tras los largos cabellos.

≈

Cuántos callejones sin salida tiene la palabra, si he de expresar un suspiro dime cuántas. Es lo mismo, igual, prosa o verso, el lugar de una sonrisa o un lamento se debe encontrar entre sus espacios vacíos.
Tintemos la realidad de malva dúctil y preguntémonos cuál. La luz lo sitiará y realzará un matiz profuso, ilimitado. Cobrará sentido entonces, aunque sólo sea malva.
En cambio, la tinta de la pluma viste siempre de luto.

≈

Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces y cada día pasado no hace sino aumentar el dolor del recuerdo de lo vivido. Los doctores no me creen todavía, dicen que soy peligrosa para mí misma, para los demás… me tratan tal si hubiera retrocedido a mi infancia, tal si estuviera verdaderamente enferma. Dicen, por ejemplo, que pretenden ser mis amigos, que les hable de ti, que les hable y que no me calle ni me esconda, que no tenga miedo porque nadie me va a hacer daño; que no hace falta que les mienta, que les diga dónde pueden localizarte… A esto último sí supe contestar. Les dije que te buscaran en el fondo de una fosa y no me acuerdo bien de lo demás… recuerdo que me drogaron. Cierto que me puse nerviosa, que grité innecesariamente, pero todo esto ha pasado ya. Estoy tranquila y no lo digo sólo para que me dejen salir de aquí. Con el tiempo han conseguido convencerme de que no son mis enemigos y para demostrarlo ahora me permiten escribirte.

Estoy cerca ya de resolver el problema pero cuando pienso en ello temo que me vuelva a ocurrir. El otro día escuché a los doctores en los pasillos, creo que lo denominan "ciclos"; les gustan mucho las palabras. Los

médicos pretenden ayudarme pero no siempre saben hacerlo bien, no son mis amigos, tampoco mis enemigos. Con el tiempo vamos entendiéndonos, aunque es difícil, no me gusta su sistema pero me parece, en cierta medida, justo. Ellos me piden algo sencillo, por ejemplo, que me siente a comer con mis compañeras, que hable con ellas y comparta nuestras preocupaciones pues todas vivimos bajo el mismo techo y todas necesitamos comunicarnos, aunque no queramos hacerlo… tenemos unas normas muy fáciles de cumplir pero difíciles de aprender, se nos olvidan y por eso tienen que recordárnoslas a cada momento. Yo siempre les digo que me acuerdo de las normas y se las repito para demostrárselo, pero entonces me doy cuenta de que las he olvidado, aunque me acuerde de ellas e incluso las diga, lo que ocurre es que me acuerdo de ellas pero no las entiendo, aunque pueda demostrar que no las he olvidado. Una de las normas es que hable, pero no que hable de una forma que les disgusta, ni que piense demasiado sobre mí, ni sobre ti, ni sobre el recuerdo…

Lo siento, me habían llamado para cenar. Decía que ellos piden algo y a cambio conceden algo, así, me han permitido escribirte.

Me han aconsejado que no te escriba mucho, que no resulta conveniente, y por ello me dejan muy pocas cuartillas en blanco pero a mí me es igual. Cuando se me acaba el papel escribo en mi cuerpo, en las paredes… no debió gustarles que escribiera tanto y me prohibieron escribir. Yo me puse nerviosa y creo que llegué a gritar, es posible que me drogaran pero ya no importa porque escribo donde no pueden leer siempre que escapo de su vigilancia. Así es como les engaño por mucho que quieran hacerme creer que no les engaño, que en todo caso son ellos quienes me engañan a mí. Parecen muy razonables, dicen que si yo escribo y escribo que les engaño entonces se darán cuenta, porque ellos leen todo menos, dicen, las cartas que te envío a ninguna dirección, que respetan nuestra intimidad… por eso te cuento todo esto, para que veas lo razonables que son y cómo tratan de engañarme tratando hacerme creer que no les engaño.

Son unos bastardos pero no mis enemigos, tampoco mis amigos. Dicen que tengo que resolver el problema por mí misma, que ellos sólo pueden ayudarme en cierta medida, y que cuando pueda por mí misma resolver el problema sin necesidad de ponerme nerviosa ni gritar inútilmente entonces saldré y seré libre. Yo sé que no se puede ser libre aunque pueda escapar de aquí, sé que el problema es difícil mas confío en resolverlo porque si no confiara en resolverlo ni siquiera trataría de resolverlo, acabando ya de principio con toda posibilidad. También dudo, no creas, de todas sus razones y les he preguntado qué acontecería si no alcanzo a resolver el problema, si es posible que no pueda resolver el problema,

que yo y el problema seamos inseparables e irresolubles, y no me han contestado.

Hay un médico que no parece un bastardo aunque me dijo una vez que me quería. Yo sé que está casado, pues lleva un anillo, y que no me quiere, pues nadie quiere a una loca, y él sabe que yo no quiero a nadie. Quiero a alguien profunda y desesperadamente, a alguien a quien quise hace mucho tiempo, pero no sé quién es pues le he olvidado. Por eso te he dicho que no quiero a nadie cuando en realidad te quiero a ti.
Lo del médico sólo era un truco, para observar mi reacción, y, dado que reaccioné bien, esto es, que adiviné el truco sin ponerme nerviosa ni gritar, me explicaron el truco. Me dijeron que él había dicho eso para ver si confundía al médico contigo, pero no lo hice.

Volvieron a tratar de engañarme y me dijeron un día que había confundido al médico contigo y que tuvieron que drogarme pero ya es igual, eso ha pasado y no debo, dicen, para resolver el problema, pensar mucho en lo pasado. He de pensar en mi vida y en la vida de los médicos, aunque no sean buena gente, también en la vida de mis compañeras quienes viven bajo un mismo techo y necesitan comunicarse en la misma medida en que yo lo necesito. Ellas pueden ser mis amigas aunque no tengan por qué serlo. Algunas dicen que los médicos son unos bastardos y ésas son con las que mejor congenio de momento, aunque, por algún motivo que desconozco, los médicos no aprueben que hable mucho con ellas.
Tengo una enemiga, es fantástica. Dijo que pensáramos en el problema por nuestra cuenta, a ver si nosotras solas lo resolvíamos… dijo que te conocía. Yo me lo creí al punto y pensé que era una suerte tremenda el tener a alguien con quien poder hablar de ti pero cuando descubrí que me engañaba, me puse nerviosa y grité. Me hice daño. A mi enemiga no la he vuelto a ver. Pregunto mucho por ella y los médicos me dicen que eso es buena señal, que empiezo a preocuparme por los demás pero que no tendría que preocuparme por mi enemiga. Son muy razonables pero es de ver que se contradicen ¿cómo olvidar el pasado si es parte del problema que tengo que resolver?

El resto lo adiviné yo sola, casi sin ninguna ayuda. Lo que ocurre es que mi amiga está loca pero lleva aquí encerrada tanto tiempo que se sabe los trucos y los engaños y para no aburrirse vuelve locos a los locos cuando habla con ellos. Los médicos dicen que eso no ayuda, que no vale que yo me desdoble para acabar con el problema. El otro día escuché a los doctores en los pasillos, creo que lo designan "trastorno base de la personalidad". No vale que yo sea mi enemiga y diga que mi enemiga está

loca porque aquí nadie está loco y "loco" es una palabra tabú. "trastorno" no vale aunque los doctores, en los pasillos, empleen el término. "Enfermo" puede valer pero sólo a veces, no siempre. La misma palabra "tabú" es palabra tabú y ahora, en su lugar, hay que decir otra cosa, hay que decir que no vale. Lo que más les gusta ahora, aparte de aquello, es "problema" pero sospecho que dentro de poco tampoco valdrá. No sé por qué cambian unas palabras por otras si al final quieren decir lo mismo. Me obligan a cambiar las palabras constantemente porque dicen que no vale hablar sólo con palabras y que las palabras inventadas sin sentido como "blítiri", por ejemplo, no valen tampoco. Que "problema", "enferma", "loca" o "tú" no son cosas de palabras sino palabras de cosas, cosas de cosas, o cosas de personas. Que las palabras sólo pueden ayudar en el modo en que los médicos ayudan, y que, en ocasiones, sólo para resolver problemas de palabras…

Les gustan -esto es una particularidad- los puntos suspensivos. Muchas veces dejan las frases inconclusas, en ocasiones porque piensan algo que no nos pueden decir a los enfermos, a veces para que los enfermos las completemos y entonces sepan qué es lo que pensamos.

Cuando escribo es distinto. Utilizo los puntos suspensivos para no enredarme en una cadena de frases infinita, no porque haya algo que no quiera revelarte o para que completes las frases. Me dicen los médicos que el infinito o lo que yo llamo "infinito" es un "problema" porque me estorba para alcanzar a "la tortuga". No trates de comprenderlo, la enferma, o un desdoblamiento del "yo", es cosa mía, aunque ellos sean muy razonables. En lo referente a mí, cuando quiero explicarles el infinito les digo que esto es el infinito: … (dos puntos, puntos suspensivos). Sé que los médicos quieren reírse, quizá se rían cuando yo no les vea, en los pasillos, cuando dicen todas esas cosas sin respetar el tabú y, sospecho, tampoco a los enfermos. Toman notas y hacen como si todo lo tomaran en serio pero esto no puede ser sino una falsa forma de actuar.

A veces, cuando me dejan a solas, pienso en ti y creo que te quiero, que me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi. Son unos bastardos, seguro que además de aquello se ríen de que te quiera pero me es igual. Que se rían hasta morir, mejor matar de risa antes que a base de narcóticos.

Ahora que lo pienso, ése es otro problema, la risa. A veces me hace gracia algo y me río, paso mucho tiempo riéndome de la risa. Te quiero, me da igual lo que me digan, aunque no te encuentren. Sé que lo que ocurrió, todo aquello tan bello que nos pasó, es verdad.

El médico que fingió quererme se expresó un día con franqueza. Me comunicó que eras verdad, que eras verdad, que eras verdad… no me lo dijo infinitas veces pero me lo repitió insistentemente para que pensara en esas palabras como ayuda no para resolver sólo problemas de palabras. Él afirmó: "era verdad, Laura" y yo, no sé por qué, me sentí muy triste. ¡Estuve a punto de resolver el problema!

≈

Tartamudeaba y me costaba muchísimo hablar, los médicos me ayudaban pero pronto apercibía que no necesitaba su ayuda. "¿Por qué era?" pregunté. Pero aquella no era la solución. "No, esperad". Les imploraba que no se marcharan, que me escucharan. Sólo el médico que fingió quererme confió en mí y es que tú "eras" porque fuiste. Todos me miraron cuando hablé de la muerte, esperando que me pusiera nerviosa, mas no lo hice. "Murió" dije "una mañana". Éramos muy distintos y a la vez muy iguales, tanto que nos confundíamos el uno con el otro y nos confundíamos a nosotros mismos. Yo quería que te marcharas pero tampoco quería que te fueras. Comprendiste todo mucho antes que yo, yo también lo comprendía ahora, al cabo de todo el tiempo.

≈

— ¿Recuerdas algo más? —. Todo se presentaba gris en aquel despacho. Incluso el mismo despacho y la misma luz que penetraba sin compasión en él, descubriendo unos pocos muebles minimalistas ordenados y sin rastro de polvo. Laura hubiera querido asomarse por alguno de sus ventanales y toparse con las caras de los edificios. Todas aquellas líneas verticales, cruzadas en ángulos rectos… los transeúntes, desde aquella altura, infinitamente pequeños, como puntos móviles y distantes. Laura cerró los párpados, escuchó el ritmo de un reloj y se sintió tranquila recostada en aquel diván de cuero negro.
Hacía frío en aquella habitación pero no era del todo desapacible.
— Ahora no —. El doctor se levantó y paseó alrededor de su amplia mesa lacrada. En una pared colgaban todos sus títulos. Algunos eran viejos y su papel había amarilleado, otros, sin embargo, parecían nuevos, recién impresos.

≈

El cielo reflejaba a la perfección el ánimo de Laura. Oscuro, sin matices y vomitando lluvia fría en forma de una cortina de agua incesante.

Su habitación estaba sembrada de cartas. La luz escasa, tenue y pálida apenas penetraba entre los resquicios de las persianas abatidas. Yacía en cama. La realidad se había desfigurado a consecuencia de sus amargos pensamientos, verdaderas catástrofes imaginadas inconscientemente enardecidas por las drogas y la persistencia implacable de un recuerdo cada vez más difuso.
El sonido del teléfono retumbó entre las cuatro oscuras paredes. Laura se encontraba lo suficiente maltrecha como para alcanzar a prestarle atención. Enmudeció el aparato al cabo de unos cuantos timbrazos.

≈

Volvió a tomar asiento el doctor, redactó algo calmosamente, humedeciéndose el dedo y repasando las páginas de un largo historial. Suspiró, al cabo, deshaciéndose de los papeles. Colocó los codos sobre la mesa y avanzó los hombros. Se ajustó las lentes, que se habían deslizado, en el transcurso de la escritura, por su nariz.

≈

Despertó Daniel de madrugada, en medio de una resaca de lo que debía de haber sido una delirante tormenta. La maleta almacenaba en su centro un pequeño charco de agua encrespada por el aire. Un papel plastificado pendido de una roca se contorneaba violentamente al son del viento. Daniel se incorporó, empapado y lleno de frío, tosiendo, era un milagro que no hubiera muerto esa noche o que se hubiese despertado. Sentía dolor en todo el cuerpo, mayormente en la espalda, pero su mente se encontraba relativamente despejada. Observó con pesadumbre al mar que bramaba a las faldas del acantilado. Ningún pájaro levantaba el vuelo a aquella hora. Se acercó al límite del abismo y allí su vista descendió hasta las aguas, sobrecogiéndose ante el frenético romper de las olas inmensas. Dio dos pasos hacia atrás y cerró los ojos, empezaba a reflexionar luego era preciso apresurarse.

Todavía con los ojos cerrados y en estado de nerviosismo, Daniel avanzó un paso hacia el desfiladero. Tenía mucho frío, tanto que estaba temblando; los labios amoratados, largas ojeras y el pelo revuelto. Aún llevaba puesta la camisa encima del abrigo. — Sería ahora el momento idóneo para tocar algo ¿no crees Daniel? — se preguntó a sí mismo. Su voz le sonó hueca y su nombre, extraño.
Dio el músico un segundo paso desprendiendo con su pie derecho pequeñas piedrecillas que se precipitaron al mar, podía sentir la punta de su zapato en el vacío. Pronto el pie izquierdo estuvo a la misma altura.

Solamente oía el viento. Respiró hondo entre temblores y castañear de dientes, las manos agarrotadas, en el estómago un nudo, en la cabeza un torbellino de pensamientos que le mantenían fijo en aquella posición, al borde de lo desconocido.

Quiso el músico abrir los ojos y volver hacia atrás pero con firmeza una parte de él le retuvo donde se encontraba.

Estás llegando demasiado lejos. ¡Aléjate! todavía estás a tiempo. Seguro que hay una solución, pero las soluciones exigen valor…

El músico aspiró profundamente. Se lanzó hacia el abrupto acantilado. Uno de sus escarpados salientes le golpeó con violencia. Daniel, ensangrentado, gritó con todas sus fuerzas. Deseaba no haberse abalanzado sobre la nada, pero ya era demasiado tarde.

El mar retrocedió y Daniel se derrumbó sobre una gran roca moteada de pequeñas algas. La sangre, sabor de hierro, se mezclaba con el agua salada. Daniel consiguió abrir uno de sus ojos y contempló durante apenas una fracción de segundo la gigantesca y espumosa montaña que lo aplastaría definitivamente contra la afilada falda del acantilado.

≈

La vida comparte la vida; el recuerdo ahoga la existencia. Sólo me resta evocar sin aspirar a comprender lo que representó el transcurso desde una dicha prácticamente absoluta, hasta el más hondo letargo que ahora me invade.

Laura escribía estas palabras inclinada sobre su escritorio. Las lágrimas de los días anteriores habían cesado ya. Su lugar lo ocupaba ahora el sentimiento de tristeza que transcribía conteniendo una rabia ciega de impreciso proceder, de borroso recuerdo, como si plasmándolo en el papel fueran a amainar sus tempestades y esta acción hubiera de aproximarla a la monótona, y en aquel instante, codiciada cotidianidad.

Un gorrión fue a posarse en el balcón. Su mirada inquieta recorrió por unos segundos la figura de Laura, aferrada la pluma en un apresurado e irrefrenable acto. El pájaro se inclinaría levemente para luego emprender el vuelo hasta un árbol distante. En su pico, un pétalo de rosa.